Henao y Arrubla

Primer Centenario

DE LA

Batalla de Boyacá

1819 1919

LA CAMPAÑA LIBERTADORA DE 1819

Páginas de la **HISTORIA DE COLOMBIA para la enseñanza secundaria**

por JESUS MARIA HENAO Y GERARDO ARRUBLA

Obra laureada con medalla de oro y diploma en el concurso nacional de 1910 y con la adopción oficial

Con varios fotograbados y numerosos documentos

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA - BOGOTA

HENAO Y ARRUBLA

PRIMER CENTENARIO

DE LA

BATALLA DE BOYACA

1819 - 1919

LA CAMPAÑA LIBERTADORA DE 1819

PAGINAS DE LA **HISTORIA DE COLOMBIA**
PARA LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

POR JESUS MARIA HENAO Y GERARDO ARRUBLA

OBRA LAUREADA CON MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA EN EL CONCURSO NACIONAL DE 1910 Y CON LA ADOPCION OFICIAL

CON VARIOS FOTOGRABADOS Y NUMEROSOS DOCUMENTOS

BOGOTA
ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA
1919

ADVERTENCIA

Reproducimos hoy estas páginas de nuestra conocida obra HISTORIA DE COLOMBIA, *en homenaje a los fundadores de la República en el primer centenario de la famosa batalla campal del* PUENTE DE BOYACA, *cuyos festejos se avecinan. La narración histórica la escribimos teniendo a la vista, entre otros documentos, los que insertamos en el* Apéndice. *De ellos deducirá el lector la exactitud de nuestro relato y sacará la más perfecta alabanza para nuestros libertadores, porque puede apreciar el magno esfuerzo.*

En esos testimonios se encuentran la audacia, la fe profunda en el éxito, el arrojo, el valor heroico, la constancia que todo lo prevee y lo supera, voces de mando inolvidables y horas de gloria arrobadora. Allí la fragua en que Bolivar templó la espada "de los Incas vengadora," el denuedo de Santander pasando el puente y terminando la jornada, y la bizarria de Anzoátegui en el campo inolvidable. Grata es la lectura de tales documentos que nos dejan ver el gesto de los Llaneros y del admirable Rondón en su furiosa carga de caballeria en el Pantano de Vargas; la arrogante figura de Rook, moribundo, con su brazo amputado, levantado en alto por él mismo a la vista de sus compañeros, y gritando ¡viva la Patria!; el espanto de los unos y el gozo de los otros en Santa Fe, al saber el triunfo; la fuga del Virrey Sámano y de sus satélites, y el hechizo de la redimida capital cuando, vestida de gala y coronada de flores, derramó sus perfumes para recibir a los vencedores.

Trasladémonos a aquellos tiempos heroicos, cuna gloriosa de la República, y a los reflejos de aquel luciente sol de Boyacá, que nunca tendrá ocaso, levantemos nuestros corazones por los hombres de la grandiosa epopeya, y por la Patria.

Bogotá, junio de 1919.

HENAO Y ARRUBLA.

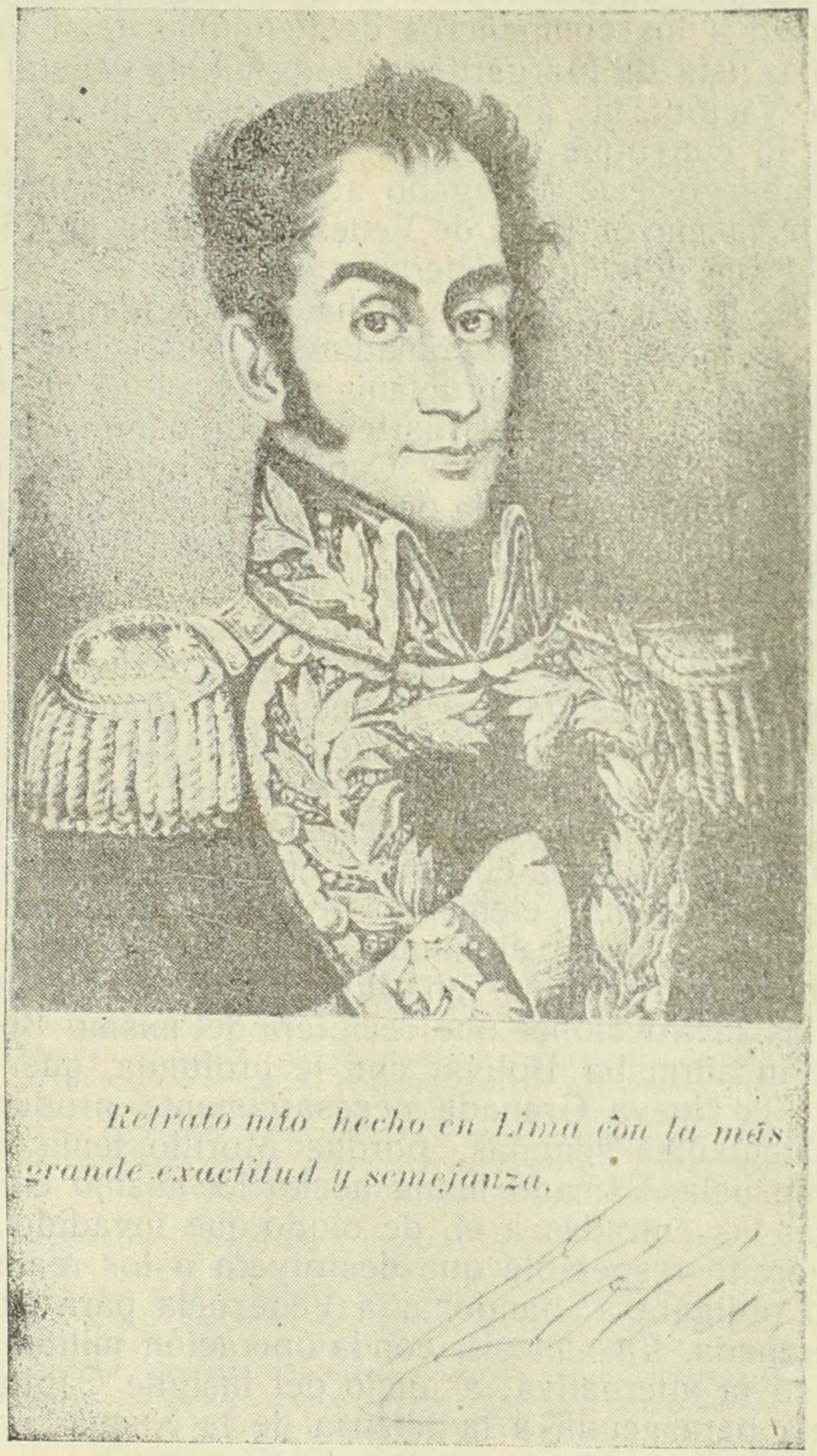
DERECHOS RESERVADOS

CONTENIDO

Plan y operaciones preliminares. — En marcha: el paso de los Andes. — Pantano de Vargas. — Boyacá. — Consecuencias de la victoria.

PLAN Y OPERACIONES PRELIMINARES. — Es necesario volver atrás para ver con claridad el desarrollo y el enlace de los acontecimientos ocurridos fuera durante la reconquista de la Nueva Granada. La libertad de nuestra patria vino del Oriente y debemos ir allá a conocer lo que había pasado, lo que se preparaba y el conjunto de circunstancias que contribuyeron al buen éxito de lo inesperado, fecundo en grandes bienes.

Bolívar emigró de la Nueva Granada en los momentos más luctuosos para la República; bien puede decirse que con su ausencia se demoró la obra que había levantado el inexperto patriotismo. El se embarcó de Cartagena para Jamaica, en mayo de 1815, después de una convención de paz con el gobierno federal de aquella plaza, dejando a sus habitantes por extremo alarmados con la noticia de la venida del ejército expedicionario. No corresponde a esta Historia la relación completa de lo que Bolívar hiciera en Venezuela en los tres años subsiguientes; las vicisitudes de la tenaz lucha que sostuvo por entonces en su patria, las reseñó él mismo desde su cuartel general de Angostura, en 1818, en proclama dirigida a los vene-



Retrato mío hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza.

" Que en Gámeza triunfó, y en Carabobo, — Y en BOYACA, *donde un imperio entero — Fue arrebatado al despotismo ibero. — Así tu gloria al cielo se sublima, —* LIBERTADOR *del pueblo colombiano ; — Digna de que la lleven dulce rima — Y culta historia al tiempo más lejano ".* — ANDRES BELLO.

zolanos, así: «Cartagena fue el sepulcro del ejército que debía dar la vida a Venezuela (el que se le había confiado por el Congreso de las Provincias Unidas para la campaña sobre Santa Marta). Yo lo abandoné todo por la salud de la patria: voluntariamente adopté un destierro que pudo ser saludable a la Nueva Granada y también a Venezuela. La Providencia ya había decretado la ruina de estas desgraciadas regiones, y les mandó a Morillo con un ejército exterminador. Yo busqué asilo en una isla extranjera y fui a Jamaica solo, sin recursos y casi sin esperanzas. Perdidas Venezuela y la Nueva Granada, todavía me atreví a pensar en expulsar a sus tiranos. La isla de Haití me recibió con hospitalidad; el magnánimo Presidente Alejandro Petión me prestó su protección, y bajo sus auspicios formé una expedición de trescientos hombres, comparables en valor, patriotismo y virtud a los compañeros de Leonídas. Casi todos han muerto ya. Al llegar a la isla de Margarita, una asamblea general me nombró jefe supremo de la Nación; mi ánimo fue convocar allí el Congreso; pocos meses después lo convoqué en efecto; los sucesos de la guerra no permitieron, sin embargo, este abnegado acto de la voluntad nacional. Libre Guayana y libre la mayor parte de Venezuela, nada nos impide ahora devolver al pueblo sus derechos soberanos».

En medio del fragor de aquella lucha con las legiones de Morillo, Bolívar no olvidó la suerte de los granadinos y acariciaba la idea de darles libertad. Dos meses antes de la proclama citada, el 15 de agosto del mismo año, dirigió a aquéllos, desde el cuartel de Angostura, otra muy elocuente, como jefe supremo de Venezuela y Capitán General de sus ejércitos y de los de la Nueva Granada. En ella decía: «El día de la América ha llegado y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela».

No era aquella una engañosa promesa. El grande hombre, en oficio dirigido por él al ya famoso General José Antonio Páez, cuatro días después, desde Angostura, le decía que había determinado aprovechar la más bella ocasión para emprender con buen suceso la libertad de los granadinos, y que con ese objeto marchaba el General Francisco de Paula Santander con numeroso parque y cuantos elementos de guerra eran necesarios, a la provincia de Casanare, a tomar el mando de la fuerza existente en ella, y a levantar, organizar y disciplinar una división respetable que movería Santander según las instrucciones que recibiera del mismo Bolívar. En la misma comunicación afirmaba Bolívar con fe profunda, que la campaña que intentaba sobre la Nueva Granada necesariamente produciría a ésta y a Venezuela incalculables ventajas, porque Morillo tenía concentradas sus fuerzas en Venezuela, Sámano había hecho lo mismo en el Nuevo Reino, dejando abiertas las entradas a él, de modo que invadido el Virreinato podría dar un ejército respetable que destruyera a los realistas e intimidara a Morillo o lo obligara a abandonar a Venezuela para acudir con rapidez a la Nueva Granada. En síntesis, con la operación militar proyectada, quedaba Morillo en la alternativa, a juicio del insigne Capitán, o de abandonar a Venezuela para acudir a la defensa de la Nueva Granada, o de dejar perder por completo a ésta en manos de Sámano.

Antes de referir cómo Santander cumplió la misión que le confió Bolívar, debe decirse, aunque sucintamente, lo que aquel jefe hizo después de que se trasladó en agosto de 1816, a Guasdualito, suceso de que ya se dio cuenta. Una junta compuesta de varios oficiales acordó proclamar

jefe supremo al bravo José Antonio Páez; Santander, a quien no se creía capaz del mando militar de los llaneros, renunció (1), y Páez, que desde el mes de septiembre del año dicho había llegado al cuartel general de Santander, fue nombrado con aprobación de las tropas. El nuevo jefe asumió todos los poderes, puso término a la autoridad civil del Presidente, doctor Fernando Serrano, y organizó el ejército en tres escuadrones de caballería que confió: el primero, al General Rafael Urdaneta, el segundo, a Santander, y el tercero de reserva, al General Serviez (2).

Gral. JOSE ANTONIO PAEZ en su traje de llanero.

Comenzó entonces una guerra de grandes fatigas en las llanuras, y acerca de ella se expresa Santander así: «No puedo pasar en silencio esa campaña de Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. No teníamos más patria que el terreno donde vivaqueábamos. Descalzos absolutamente, sin ropa, sin recursos, y alimentados sólo con carne mal asada y sin sal, deseábamos los riesgos para acabar con gloria una vida tan amarga... Por entre mares de aguas detenidas y privados de todo recurso, marchábamos de una parte a otra en busca del enemigo, y por fortuna la victoria premió siempre nuestros patrióticos esfuerzos» (3). Por el mes de octubre o poco tiempo después, fue asesinado el benemérito servidor de la República, General Manuel Serviez, quien se había retirado con permiso de Páez del cuartel general de Achaguas (Venezuela), a descansar algunos días. El crimen se perpetró a poca distancia de Achaguas, en altas horas de la noche, no pudo saberse quiénes fueron sus autores y

---

(1) Refiere Páez en su *Autobiografía,* que el 16 de septiembre de 1816 llegó al cuartel general de Santander, y los jefes, oficiales y muchos paisanos salieron a recibirlo y lo proclamaron jefe supremo; Páez rehusó, se retiró a su habitación y ahí se presentaron aquéllos a instarle para que fuese a presencia de la tropas que estaban formadas para reconocerlo; se presentó en esto Santander averiguando lo que ocurría, y se le contestó que habían resuelto conferir el mando a Páez; Santander dijo que se sometería gustoso siempre que le admitiesen la renuncia que presentaría incontinenti; observósele que era inútil porque estaba desconocida su autoridad. Insistía Santander, resistían los de la junta, «hasta que clavando él su espada en tierra, dijo con mucha energía que prefería le quitasen con ella la vida antes que consentir en el ultraje que se tenía en mientes». Accedieron, y Páez fue reconocido como jefe.

(2) El célebre y benemérito General Páez, nació el 13 de junio de 1790 a inmediaciones del pueblo de Acarigua, provincia de Barinas (Venezuela); de humilde familia, recibió siendo niño instrucción sumamente elemental. A los diez y siete años sirvió como peón en un hato de los Llanos y luégo se dedicó por su cuenta al negocio de ganados; este género de vida le dió bravura extraordinaria, audacia incomparable, cariño extremado por sus pampas y decisión a la aventura de peligros y de azar. Todo ello le granjeó el dominio absoluto que ejerció después sobre los llaneros. En 1810 comenzó a servir en las filas republicanas; dos años después dejó el servicio a causa de la reconquista de Venezuela; en 1814 comenzó en los Llanos de Apure la numerosa serie de combates y triunfos que coronó en Carabobo, donde ganó el grado de General en Jefe. «Páez era, dice O'Leary, de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque el busto de más desarrollo; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos; nariz recta con anchas ventanas; labios gruesos y barba redonda». Disuelta la Gran Colombia, Páez rigió varias veces los destinos de Venezuela con habilidad política; dejó su patria en 1863, y el 7 de mayo de 1873 murió en la ciudad de Nueva York.

(3) SANTANDER. *Apuntamientos sobre Colombia y la Nueva Granada.* — 1869.

se cree que a Serviez se dio muerte para robarlo (1).

Santander con otros jefes y oficiales se trasladó a la provincia venezolana de Barcelona a principios de 1817, y ahí se incorporó al ejército de Bolívar; después marchó a la de Guayana y estuvo en la campaña de 1818 sobre Caracas. Del *Diario* de las operaciones del ejército independiente, en aquel año, aparece que Santander fue ascendido el 12 de agosto a General de Brigada, que el 21 se le destinó al mando del ejército de Casanare, y que el día 26 salió de Guayana en viaje a aquella provincia, a donde llegó en los últimos días de noviembre. Reinaba en Casanare la discordia entre los jefes que se disputaban el mando; el General Santander puso término a aquella situación con prudencia y tino, y supo llenar la misión que le confió Bolívar. Este le daba como instrucciones precisas, en oficio de enero de 1819, las siguientes: «Debe usted esforzarse por crear cuanta infantería sea posible, disciplinarla e instruírla, de modo que el cuerpo de usted que es la vanguardia del ejército, no sea inferior a los demás que no tienen el honor de precederle en las marchas. Que se recluta y discipline incesantemente, son las más encarecidas prevenciones que tengo que hacer a usted».

En pocos meses logró Santander realizar sus designios, no obstante la carencia de recursos en Casanare y lo reducido de su población; formó una división de cerca de dos mil hombres compuesta de infantería y caballería, capaz de resistir al ejército enemigo. Hizo más: estableció una acuñación de moneda de plata, en la cantidad de ocho a diez mil pesos, semejante a la de Caracas, aunque más perfecto el sello, y su circulación quedaba reducida a la provincia de Casanare; el objeto de esta providencia fue subvenir a los gastos más precisos del ejército en una provincia, decía él mismo, sin comercio, sin industria y sin agricultura, donde los pueblos dedicados a la cría de ganados cultivaban lo puramente necesario para el propio consumo.

Tales elementos tenía el jefe republicano cuando se presentó Barreiro en los Llanos. Santander se propuso hostilizar al invasor sin empeñar combate formal, e internarse en la llanura para fatigar con constantes movimientos la caballería española, y caer sobre la infantería si Barreiro se empecinaba en la persecución por las sabanas. Semejante sistema de guerra, seguido con constancia y prudencia, salvó a Casanare y a su ejército de la invasión de Barreiro y mereció la aprobación de Bolívar. A la retirada del español, varias columnas independientes lo persiguieron sobre la cordillera oriental; una de ellas ocupó a Morcote y Paya, otra hizo prisio-

---

(1) Serviez era francés, de familia distinguida; hizo todas las primeras campañas de la Revolución y del Imperio y vino a Venezuela a servir al lado de Miranda. Conocemos los servicios que prestó a la República en diferentes lugares del país. D. Agustín Gutiérrez, hermano del mártir José Gregorio, comisionado por el gobierno de la provincia de Cartagena para comprar armas en las Antillas, regresó a aquella ciudad en abril de 1813 y trajo, entre otros soldados, a Serviez, quien se encaminó a Popayán, de donde habían pedido un oficial capaz para disciplinar tropas. Acerca del asesinato de Serviez, Páez dice en su *Autobiografía*: «Se separó con mi permiso del cuartel general de Achaguas para ir a descansar al campo, por algunos días, de las fatigas de la guerra que habían quebrantado su salud, y se dirigió al *Chorrerón*, lugar distante una legua de Achaguas, a la casa de una mujer llamada Presentación. Estando allí, cuatro hombres a caballo, según declara esta mujer, se presentaron en altas horas de la noche, y llamando a la puerta dijeron que llevaban una orden mía para el General. Contestó éste que se la mandasen, pero los hombres replicaron que era verbal y querían comunicársela a él en persona. Salió Serviez a la puerta y cayendo sobre él los bandidos, que debieron ser algunos de los dispersos del Yagual, le llevaron al bosque inmediato y allí le asesinaron. Esquisitas diligencias se hicieron para averiguar el paradero de los autores del asesinato. La única testigo que había no los conoció y ningún dato posterior se presentó nunca para saberlo ni sospecharlo. En aquellos tiempos en que había tánto hombre suelto por los campos, no perteneciente al ejército, era una imprudencia del General haberse ido lejos de él, y mucho mayor cuando le sobraban enemigos que le habían seguido de la Nueva Granada. Entre nosotros ninguno tenía».

nera la guárnición de la salina de Chita, y un destacamento avanzó hasta Garagoa. Estas escaramuzas obligaron al ejército de Barreiro a situarse en diferentes partes de la cordillera, para defender los diversos pasos de ella (abril de 1819).

Conocedor Bolívar de la situación de Casanare y de lo que ocurría en el interior de la Nueva Granada, por los informes de Santander, se decidió a emprender la célebre campaña. Desde orillas del río Apure escribió el 20 de mayo (1819) este oficio a Santander: «Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas las fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luégo que haya formado el plan y combinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa... Me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted solo, solo, debe saberlo».

Tres días después reunió Bolívar a los jefes principales en junta de guerra. La deliberación se hizo en una choza arruinada de la aldea desierta de Setenta, en las márgenes del Apure; allí, asiento de toda incomodidad, donde no existía siquiera una tosca mesa, y descansando los insignes luchadores que formaban aquel areópago, sobre las calaveras de las reses que la acción del tiempo había blanqueado, se decidió la libertad de la Nueva Granada. Habló Bolívar y expuso su plan; el Jefe de Estado Mayor del ejército, General Carlos Soublette, leyó las comunicaciones recibidas de Casanare y, aprobado el proyecto, el caudillo encareció reserva absoluta.

En la tarde del mismo día 23 de mayo llegaron los jefes al Mantecal, y de allí salió un comisionado al cuartel del General Páez con comunicaciones sobre el plan acordado; otro emisario partió al de Santander llevándole órdenes para que se preparase a la campaña, y Bolívar dirigió el 26 un oficio al gobierno residente en Angostura, en que le decía que después de las más serias meditaciones se había determinado, consultando antes a los jefes del ejército, a ejecutar la importante campaña cuya divisa sería la rapidez, sin dar tiempo a Morillo, pues cuando éste pensase emprender algo, ya el ejército volvería sobre él con fuerzas dobles o triples de las que llevaba; «hace nucho tiempo, agregaba, que estoy meditando esta empresa y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele; así lo creo y es de desear».

EN MARCHA: EL PASO DE LOS ANDES. — Al día siguiente se emprendió la marcha del Mantecal a Guasdualito, a donde llegó el ejército el 3 de junio. Las fuerzas de Bolívar se componían de cuatro batallones de infantería denominados *Rifles*, *Barcelona*, *Bravos de Páez* y *Legión Británica* (1), que sumaban mil trescientos hombres, y de los escuadrones *Húsares*, *Llano-Arriba* y *Guias*, con un total de ochocientos jinetes. Comenzó entonces la estación de las lluvias; la tropa marchaba alegre sin saber a dónde, y en Guasdualito se publicó en la orden general el punto al cual se encaminaba y se comunicó al gobierno de Angostura el plan de la campaña el mismo día 3. «Me dirijo a Casanare con la infantería, decíale Bolívar; reunido allí con el señor General Santander ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada. Entretanto, el señor General Páez con una

---

(1) Cerca de tres mil soldados voluntarios, ingleses, e irlandeses los más, y unos pocos alemanes, vinieron a Venezuela y a Nueva Granada en los años de 1817 a 1820; de ellos se formaron las *Legiones Británica* e *Irlandesa* con las cuales se organizaron diversos cuerpos.

columna de caballería tomará los valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque lo obligamos o a concentrar las tropas en Sogamoso, o a dividirlas para atender a todas partes. En el primer caso, nos abandona las provincias de Pamplona y Socorro, y parte de las de Santa Marta y Tunja; en el segundo, nos será muy fácil batirlo y es más seguro el resultado ». Conforme a esto, Bolívar dio sus últimas órdenes al General Páez para que se situara en Cúcuta. El escuadrón *Húsares* desertó, pero el suceso no produjo desaliento en el ejército que el 4 de junio pasó el río Arauca y entró en la provincia de Casanare. Aquí las fatigas fueron mayores: las lluvias caían a torrentes y constantemente; los riachuelos, apenas perceptibles en la época de verano, se habían convertido en ríos navegables que inundaban las sabanas. Durante una semana caminó el soldado con el agua a la cintura, acampando al raso en los sitios que las aguas no cubrían; en botes de cuero se navegaba en los ríos (1), ya para que el parque no se humedeciese, ya para que pasaran los que no sabían nadar; y bajo aquel cielo inclemente una frazada era el abrigo con que el soldado protegía con más solicitud el fusil y las municiones, que su propio cuerpo.

El 12 de junio se reunió Bolívar a Santander en el cuartel general de éste, situado en Tame. Aquí encontró el ejército algún alivio a las pesadas fatigas: sal para la ración ordinaria de carne, y plátanos. Todos aquellos hombres eran jóvenes que sabían soportar las privaciones, desafiar los peligros y olvidar los cuidados de la vida. Bolívar no contaba aún treinta y seis años, su salud era completa y su actividad asombrosa; jamás se quejó de cansancio a pesar de las largas y penosas marchas en que en más de una ocasión ayudaba a poner la carga a las mulas, a aligerar las canoas y a otras faenas, con lo que se hacía ostensible el varón fuerte que deja a un lado las conveniencias de su alta posición para entregarse todo al servicio de la idea. Santander, jefe de la división de vanguardia, que había desempeñado con lucimiento su misión, engrosó las filas del ejército libertador

General FRANCISCO DE P. SANTANDER

---

(1) El bote se hacía de una piel seca de res, así: por los agujeros en los extremos del cuero se pasaba una soga, se metían dentro de aquél los efectos o la carga; se recogía la soga hasta cerrar y asegurar lo que va dentro; hecho un nudo, el bulto iba al agua y lo halaba un hombre de un cordel que sostenía con los dientes. (*Autobiografía* de Páez, cit.)

presentando a Bolívar, dice él mismo, mil doscientos hombres armados de fusil, y seiscientos llaneros montados.

Detengámonos a hacer un ligero esbozo de los tenientes que contribuyeron a dar libertad a la Nueva Granada. Uno de ellos, Francisco de Paula Santander, es compatriota nuestro, y ya sabemos los servicios que prestó a la República en días aciagos. Nacido en abril de 1792 en la villa del Rosario de Cúcuta, estudiaba en el Colegio de San Bartolomé de la capital cuando comenzó la revolución; allí recibió lecciones de derecho y contando apenas diez y ocho años empuñó las armas. En el año de 1810 fue Alférez abanderado de las guardias nacionales y sirvió como Secretario de la Comandancia militar de Mariquita; soldado de la federación, quedó prisionero de Nariño en 1812, y sus hechos posteriores lo elevaron a la posición que tuvo en el ejército del Norte; después de su retirada a Casanare con Serviez, hizo en Venezuela las campañas que le merecieron el grado de General de Brigada, y luégo le toca desempeñar el decisivo papel en la campaña de que se está hablando. Por su talento, instrucción, asidua aplicación a los negocios y valor, fue escogido por Bolívar, gran conocedor de los hombres, como el más idóneo de los granadinos para secundar sus vastos designios. El joven General tenía regular estatura; algo corpulento; de cabellos lisos y castaños; tez blanca; frente pequeña; ojos pardos de largas pestañas, hundidos y vivos; nariz recta y bien formada; labios delgados y comprimidos y barba redonda y corta; el rostro grave demostraba energía y resolución; sus modales eran un tanto bruscos y su carácter poco comunicativo.

General CARLOS SOUBLETTE

Otro era el General Carlos Soublette, venezolano, que sirvió a su patria desde el principio de la revolución con ardiente entusiasmo. Háse referido que en 1815 mandaba en el castillo de la Popa cuando el sitio de Cartagena; logró salvarse, se unió a Bolívar y en el curso de la guerra ocupó puestos de importancia; obtuvo siempre la confianza de aquél y se le dio el cargo de Jefe de Estado Mayor en la campaña de que se trata. A la sazón contaba veintinueve años y tenía alta estatura, cuerpo delgado y agradable presencia; de modales cultos, expresábase con facilidad, y se distinguía por la diligencia y orden en el desempeño de sus funciones. El General José Antonio Anzoátegui, también hijo de Venezuela, mandaba la división de retaguardia; muy intrépido y de gran valor, merecía la estimación de sus compañeros a pesar de su carácter desapacible; joven como ellos, de treinta años de edad, sus servicios militares habían sido muy útiles a su patria. Al frente de la Legión Británica, que hacía parte de la división de retaguardia, se hallaba el Coronel inglés Jaime Rook, de índole apacible opuesta en un todo a la de su jefe Anzoátegui; su perenne buen humor le daba una simpatía muy atrayente, y el heroico jefe extranjero se mostraba complacido con todo lo que le rodeaba, sin que de su boca saliera una queja aún en los trances más apurados de las campañas.

El ejército siguió de Tame a Pore, capital de Casanare, luchando siempre con la inundación de las sabanas, y estaba tan desnudo, que era muy contado el soldado que tenía completo su vestido, pues casi todos llevaban sólo un *guayuco*. En tales condiciones, aquellos soldados de climas tan ardientes, dominadores de las pampas, acostumbrados a domar el caballo salvaje, a vadear los ríos y a vencer al toro bravío y al jaguar, venían ahora a luchar con una naturaleza extraña contra la cual eran inútiles el caballo y la lanza (1). El 22 de junio comenzó el ascenso por los gigantescos Andes, salvando los obstáculos de los precipicios y de las rocas escarpadas que constituían los caminos. Con asombro contemplaban los llaneros las alturas andinas que habían alcanzado, cuando ante sus ojos aparecían otras y otras más elevadas a las que era preciso llegar; el frío embargaba los sentidos; los caballos perecían de fatiga y obstruían el escabroso sendero a los que venían detrás; el parque quedaba abandonado donde caía la acémila que lo conducía; las lluvias eran incesantes día y noche, y el uso del agua de los páramos enfermaba a los soldados.

General JOSE ANTONIO ANZOATEGUI

Tales dificultades se conjuraban para acabar con las esperanzas, pero Bolívar permanecía firme en medio de los contratiempos; entusiasmaba a las tropas con su presencia y ejemplo; hablábales de días de gloria cercanos ya, y los ánimos decaídos cobraban aliento. « Tiemblo todavía, decía el General Santander, de acordarme del lastimoso estado en que yo he visto ese ejército que nos ha restituído la vida. Un número considerable de soldados quedaron muertos al rigor del frío en el páramo de Pisba; un número mayor había llenado los hospitales y el resto de la tropa no podía hacer la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería en cuya audacia estaba librada una gran parte de nuestra confianza, venían sin caballos y sin monturas; las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, porque no hubo caballería que pudiese salir, ni hombre que se detuviese a conducirlas. En la alternativa de morir víctimas del frío, preferían encontrarse con el enemigo en cualquier estado. El ejército era un cuerpo moribundo » (2).

---

(1) El soldado llanero estaba acostumbrado a comer carne sola y no temía la falta de otro alimento; valeroso, ningun riesgo le intimidaba en sus llanuras; tenía poca disciplina y montaba su caballo en una silla cubierta de cuero crudo; sus armas, la lanza y la espada, y a veces el trabuco o la carabina; su vestido, un calzón que apenas llegaba a la rodilla, una camisa ancha y suelta que caía hasta la mitad del muslo, y un sombrero, comunmente de paja, redondo, de grandes alas.

(2) *El General Simón Bolivar en la campaña de 1819*. Relación escrita por el General Santander, en octubre del mismo año.

El 27 de junio la vanguardia venció la posicion formidable de Paya que defendía un destacamento español de trescientos hombres, y quedó libre el paso al interior. Desde Paya Bolívar dirigió una proclama a los granadinos anunciándoles que marchaba a libertarlos, la cual circuló en la provincia de Tunja y despertó el entusiasmo de los patriotas que se prepararon a auxiliar al ejército. En la lamentable situación ya descrita, llegaron las tropas al pueblo de Socha (julio 6), y allí fueron recibidas por los habitantes con solícita hospitalidad. Entonces despliega Bolívar la grande energía de su alma: en pocos días remonta la caballería, reúne el parque y restablece el ejército; dirige partidas para observar al enemigo; pone en efervescencia los pueblos y amaga atacar en todas direcciones.

Tenía el Coronel Barreiro, jefe de la tercera división española, su cuartel en Sogamoso, donde estaban reunidos mil seiscientos hombres, y los demás cuerpos acampaban en los puntos de salida de la cordillera oriental. No fue poca la sorpresa del jefe realista al saber la presencia de las fuerzas enemigas; entonces se movió sobre Corrales y Gámeza y pasó el río; pero lo repasó al ver que los patriotas iban a atacarlo, situándose en la fuerte posición de la peña de Tópaga desde donde dominaba el puente y el paso del río; no obstante esto, algunas fuerzas republicanas vadearon el río con arrojo, bajo los fuegos enemigos, y luégo Barreiro se retiró a la posición más ventajosa aún de los molinos de Tópaga. Después de un reñido combate de ocho horas, los patriotas acamparon en Gámeza, y al día siguiente (12 de julio) regresaron a su cuartel general situado en el pueblo de Tasco, a esperar la reunión de la Legión Británica y de otra columna que se habían retrasado. Reunidas parte de tales fuerzas, Bolívar, haciendo una marcha rápida, atravesó el río Chicamocha y se presentó en el valle de Cerinza; este movimiento obligó al enemigo a dejar la peña de Tópaga y a situarse en los molinos de Bonza, a inmediaciones de Tunja, cubriendo así el camino de Santa Fe. Esa situación era muy ventajosa a los realistas por los parapetos y fosos que les proporcionaban las paredes y barrancos.

Los habitantes del valle se manifestaron entusiastas a la llegada de los libertadores, y Bolívar aprovechó su patriotismo para obtener caballos y otros recursos. Tan buena acogida alentó a las tropas que querían ya encontrar al enemigo y batirlo, y el 20 de julio avanzaron por las llanuras de Bonza, presentándose al frente del campamento de Barreiro. A pesar de los movimientos que hicieron los independientes para obligarlo a abandonar sus posiciones y a librar batalla en la llanura, no se logró que el jefe español la aceptara y todo se redujo a ligeras escaramuzas. La actitud defensiva de Barreiro y aparentemente tímida fue siempre ventajosa para el ejército republicano: dio tiempo a que se le reuniese la Legión Británica y a que el entusiasmo creciera más y más. En aquellos días era tal el concurso de gentes de todas partes, que el campo de Bonza semejaba una gran feria.

PANTANO DE VARGAS. — Siendo inútiles los esfuerzos para comprometer al español a un combate, el ejército independiente siguió al amanecer del 25 de julio por el camino del Salitre de Paipa, para forzar al enemigo a dejar su posición o atacarlo por la espalda. En la mañana pasó el río Sogamoso, que atraviesa las llanuras de Bonza, y a medio día cuando desfilaba por el sitio denominado *Pantano de Vargas*, se encontró con los realistas que se habían movido y coronaban las alturas del frente, con el propósito de contrarrestar la marcha de Bolívar. El Pantano de Vargas era una ensenada del lago de Duitama, que se mantenía cenagosa en la fecha de la reñida jornada; las aguas aposentadas se recostaban contra los cerros

que cierran la ensenada por el norte, dejando en seco las faldas de otros cerros que la cercan por el costado sur; el espacio transitable quedaba reducido y dominado por lomas pedregosas y cubiertas de escasa vegetación. En aquella estrechura quiso Barreiro con todo su ejército aniquilar a sus enemigos.

Los patriotas ocuparon una posición sumamente desventajosa; su flanco derecho lo protegía el pantano, y el General Santander, para mejorarla, subió con su división a las alturas y dominó el flanco izquierdo del ejército. Empeñada la acción con intrepidez por los españoles, la victoria pareció al principio favorecerlos, pero Bolívar reunió los cuerpos desordenados y dio orden al Coronel Rook para que con la Legión desalojase al enemigo de las alturas, lo que ejecutó el inglés brillantemente (1); entonces Barreiro, fogoso e intrépido, reparó lo perdido con un ataque desesperado sobre el frente de los independientes, se apoderó de las alturas y aquéllos, casi envueltos, sufrían un fuego horroroso por todas partes. Esa nueva ventaja fue, por el momento, el triunfo de los realistas y la pérdida total del ejército libertador; en instantes tan críticos llegó a la eminencia desde donde Bolívar presenciaba el desastre, el bizarro Juan José Rondón (2),

Coronel JUAN JOSE RONDON

---

(1) El bravo Coronel Rook, inglés de nacimiento, asistió a la batalla de Waterloo como Ayudante de campo del Príncipe de Orange; vino a Venezuela en 1817 y sirvió en Guayana con el grado de Teniente Coronel; hizo la campaña de 1818, en el Estado Mayor; en el año siguiente, la de los Llanos de Apure, mandando el cuerpo de la Legión Británica y ascendido ya a Coronel. Al emprender la campaña de la Nueva Granada, dijo Rook a Bolívar, con motivo de la deserción de algunos escuadrones: «Seguiré a V. E., como Jefe de la Legión Británica, hasta más allá del cabo de Hornos, si fuere necesario. Su cadáver fue sepultado en los Corrales de Bonza.

(2) Rondón ilustra varias páginas de la historia. «Su nombre debe ser inmortal, y la Patria llora sobre su tumba». Nada más justo que este concepto del señor Restrepo en su *Historia de la revolución de la República de Colombia;* pero es preciso, porque la obra es amor, que los bustos del héroe del Pantano de Vargas y de Rook se alcen en ese campo o en el de Boyacá, como testimonio de la gratitud que se les debe, y que una pluma culta trace sus biografías con esmero. Al paso, consignamos aquí estos datos: Rondón, venezolano, nació en 1790; se consagró a la causa desde 1817, y asombró por su valor en los muchos combates en que estuvo; brilló entre los bravos de las celebérrimas *Queseras del Medio,* como Teniente Coronel, pues el General José Antonio Páez relata esa jornada en su *Autobiografía,* y dice: «En el acto dispuse que el Comandante Rondón, *uno de aquellos jefes en quienes el valor era costumbre,* con veinte hombres cargase a viva lanza y se retirase... Cuando vi a Rondón recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos de exclamar: ¡bravo! ¡bravísimo, Comandante! General, me contestó él, así se baten los hijos del Alto Llano». En el parte que dio Páez al Intendente de Venezuela, General Soublette, de la acción del *Cerro de Carabobo,* cerca de Valencia (11 de agosto de 1822), dice: «Tengo la desgracia de contar al señor Coronel Rondón, que recibió una herida de bala en el tobillo del pie derecho; él ha mostrado una serenidad y arrojo a toda prueba». Soublette en la contestación que dio, encarece a Páez que dé las gracias a Rondón *por su constante buena conducta que lo coloca entre los oficiales más ilustres de Colombia*». (Blanco — *Documentos para la historia del Libertador.* vol. VIII, págs. 512 y 513). Días después le sobrevino al herido el tétano, dice Páez, y terminó su gloriosa carrera.

jefe de un escuadrón de llaneros, y aquél dando voces de aliento a todos, dijo a Rondón: *¡Coronel! ¡salve usted la patria!* Sin oír más, el jefe llanero dio una de las más espléndidas cargas de caballería: movió con furia sus jinetes, y al revolver una colina se encontró con los escuadrones enemigos que avanzaban en columna rodeando el pantano; cayó sobre ellos, arrolló una y otra fila causándoles gran mortandad, y precipitándolos en el pantano obligó a los restantes aterrados a volver caras y a huír con toda precipitación. Otra parte de la caballería conducida por el Teniente Coro-

LA CARGA DEL PANTANO DE VARGAS

"¡No es más que plomo, Llaneros! — ¡Lanza en ristre y galopar! — Los muertos no necesitan — Que les toquen funeral!". JUAN I. DE ARMAS.

nel Lucas Carvajal, cargó con éxito sobre la realista por el camino principal. La infantería imitó a Rondón; los españoles no pudieron ya resistir la impetuosidad de aquel ataque combinado, se retiraron al extremo occidental del pantano y con la llegada de la noche se terminó el sangriento combate en que por dos veces estuvo casi aniquilado el ejército republicano. A poca distancia del campo de batalla vivaquearon los independientes, y los realistas en el lugar que ocupaban antes de la acción.

Entre muertos y heridos perdió Barreiro quinientos hombres y Bolívar ciento cuatro; quedaron en poder de los republicanos muchos prisioneros, elementos de guerra y dos estandartes del regimiento de *Dragones de Granada*. La pérdida más sensible fue la del jefe de la Legión Británica, Coronel Jaime Rook; una bala le rompió un brazo, y al serle amputado, el paciente sufrió la operación con la imperturbable igualdad de su festivo carácter; después murió. También resultó herido el entonces Capitán Daniel Florencio O'Leary, edecán más tarde del Libertador e historiador de las célebres campañas. Una mención especial hace el *Boletín del Ejército* del día memorable del 25 de julio, de la conducta de Rondón, Carvajal y de la Legión Británica; a ésta le confirió Bolívar la estrella o cruz de los libertadores. «La gloria del Pantano de Vargas, escribía el General Santander, pertenece al Coronel Rondón y al Teniente Coronel Carvajal; a ningún

otro se concedió, sino a ellos en aquel glorioso día, el renombre de valientes ».

Al día siguiente de la acción, los republicanos volvieron al ensangrentado campo y provocaron a nueva batalla, que el enemigo no aceptó. Barreiro se situó luégo en el pueblo de Paipa y Bolívar ocupó de nuevo su posición en los corrales de Bonza. Entretanto éste dictó una ley marcial para que, bajo pena de la vida, todo hombre de la edad de quince hasta los cuarenta años, se presentase con o sin caballería, dentro del perentorio término de veinticuatro horas de publicada la ley, a prestar el servicio militar. Promulgado el mandato, comenzó la presentación de labriegos en el cuartel general y con ella su instrucción y disciplina; en muy pocos días, ochocientos reclutas formaban ya un cuerpo respetable que probó después que no tiene el país mejores soldados de infantería. «Los pueblos se presentan, y mientras que lejos del cuartel general se reúnen hombres para reforzar el ejército que estaba situado frente al enemigo, éste es molestado, hostilizado y amenazado frecuentemente. Llegan los reclutas al campo, el ejército hace sus movimientos directos y retrógrados, aquéllos lo siguen y en los ratos de reposo se les instruye y disciplina, sin perder un solo momento. Era espéctaculo muy singular, que mientras unas tropas tiroteaban al enemigo, lo divertían y otras descansaban haciendo su rancho, los reclutas, en continua instrucción, aprendían a manejar el fusil, a formarse en columnas, desplegarse en batalla y a todo lo demás que era indispensable. Al ruido de la bala y a la vista del enemigo, estos nuevos soldados se preparaban para concurrir a la más brillante jornada que presenta nuestra historia militar » (1).

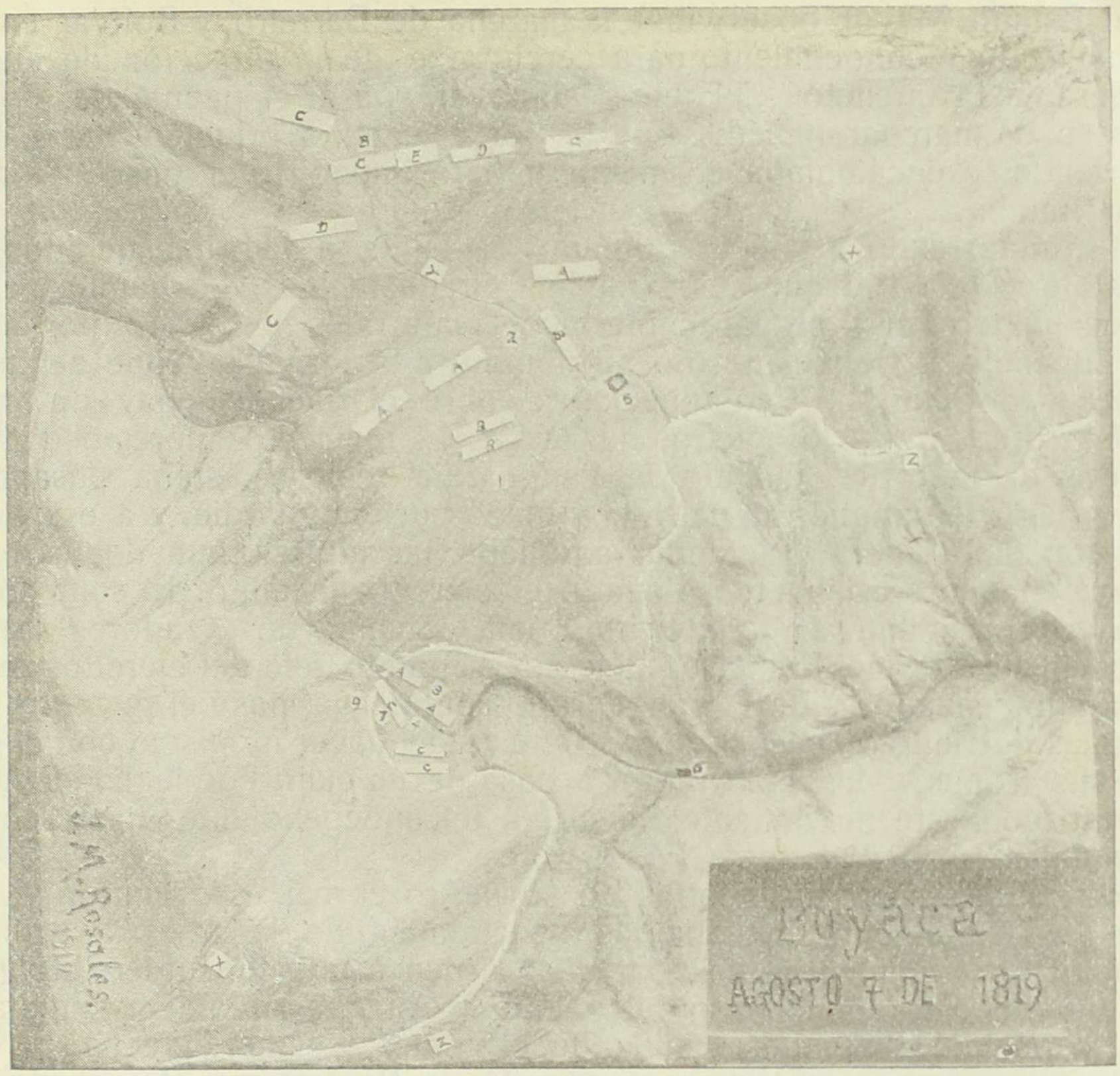
BOYACA. — Aumentado el ejército y ya en el cuartel general las municiones que venían de Casanare, el 3 de agosto ordenó Bolívar un movimiento sobre los puestos avanzados del enemigo, para reconocer la posición y su fuerza. Barreiro abandonó precipitadamente el pueblo de Paipa y se situó en una altura dominando el camino de Tunja. Las tropas independientes continuaron su marcha hasta Paipa, y al entrar la noche cruzaron el río Sogamoso y acamparon en su orilla derecha, muy cerca del campo realista. Al día siguiente permanecieron los ejércitos en sus campamentos; el español no intentó el menor movimiento y por la tarde la infantería independiente repasó el Sogamoso, aparentando volver a las posiciones de Bonza; a las ocho de la noche se dio orden de contramarchar, y todo el ejército se dirigió en silencio a la ciudad de Tunja por el camino de Toca, dejando a Barreiro a la espalda. A las once de la mañana del día 5, Bolívar con la caballería ocupó a Tunja e hizo prisionera a la guarnición; el gobernador de la ciudad había marchado en la madrugada con el tercer batallón de *Numancia* y tres piezas de artillería a incorporarse al ejército realista. A las dos de la tarde estaba reunido todo el ejército en Tunja, donde se le recibió con gran júbilo. La ocupación de la ciudad puso en poder de los libertadores más de seiscientos fusiles, un almacén de vestuarios y paños, los botiquines, la maestranza y cuanto poseían los enemigos.

La operación atrevida, bien meditada y ejecutada mejor, selló el éxito de la campaña y fue el augurio feliz de la batalla campal de Boyacá, aparte del prestigio o fuerza moral que había ganado el ejército libertador en la heroica y sangrienta del Pantano de Vargas. Barreiro se desconcertó

---

(1) Relación cit. del General Santander.

con el ardid audaz de Bolívar, que no supo sino al amanecer del 5; dejó sus posiciones y se puso en marcha por el camino principal de Paipa para reunirse a las tropas de Santa Fe de Bogotá, evitando un encuentro con las independientes; en la noche continuó su movimiento por el páramo de Cóm-



RELIEVE DEL CAMPO DE BOYACA

A. Infantería patriota. - *B*. Caballería patriota. - *C*. Infantería española. - *D*. Caballería española. - *E*. Artilleria española. - 1. Bolivar, 2. Anzoátegui. - 3. Santander. 4. Estribos del antiguo puente. - 5. Casa de teja. - 6. Molino. - 7. Monumento conmemorativo, punto donde terminó el combate. - 8. Barreiro. - 9. Jiménez. - *XX*. Antiguo camino de Santa Fe a Tunja. - *Y*. Camino de Samacá. - *ZZ*. Carretera actual.

bita, molestada su retaguardia por un destacamento de dragones que le hizo muchos prisioneros, y en la mañana del 6 entró al pueblo de Motavita, muy inmediato a Tunja.

Son estas sencillamente las operaciones ejecutadas por los dos ejércitos después de la batalla del Pantano de Vargas, hasta la víspera del día en que iba a darse otra en campo no calculado ni previsto: la tenacidad del uno en desarrollar sus planes con rapidez — que había sido su divisa desde el principio de la campaña — para aniquilar al contrario sin permitirle reforzarse o que se pusiera en comunicación con el Virrey Sámano, y la persistencia del español en evitar un encuentro y quedar en contacto con Santa Fe, produjeron el choque, que debía ser definitivo, en el lugar en que se encontraron los campeones.

Firme en su plan Barreiro, al amanecer del 7 de agosto se puso en camino de la capital a la vista de Tunja, y entretanto el ejército liberta-

dor, con el arma al brazo y formado en la plaza de Tunja, esperaba asegurarse bien de la vía que tomara el enemigo. Esta podía ser por Samacá, que era el camino más largo, o por el puente de Boyacá que lo acercaba más a Santa Fe. La espectativa de los independientes crecía por instantes y la vigilancia era permanente: los espías iban y venían; oficiales de órdenes del Estado Mayor observaban la marcha de Barreiro, y Bolívar en persona hacía un reconocimiento para cerciorarse de la dirección de ella. Al penetrar que la intención del jefe realista era pasar el puente de Boyacá, dio orden de marchar inmediatamente por el camino principal hacia el lugar a donde se encaminaba el enemigo, para impedirle el paso o forzarlo a librar batalla.

El ejército salió a paso redoblado de Tunja a cubrirse de gloria inmarcesible en el sitio que señalaran las circunstancias. La batalla se empeñó en un terreno desigual cubierto de matorrales y regado por el riachuelo llamado Boyacá, que dio su nombre a la jornada y que separa los municipios de Tunja y Ventaquemada; sobre el riachuelo hay un puente que dista diez y seis kilómetros de Tunja. El momento supremo comenzó a las dos de la tarde, cuando la vanguardia realista estaba pasando el puente; llegó la vanguardia patriota y atacó por retaguardia, y a ese tiempo la división del General Santander coronaba las alturas que dominaban la posición en que se había desplegado el ejército enemigo. El combate comenzó con escaramuzas de guerrillas; una columna de cazadores realistas a órdenes del Coronel Francisco Jiménez, segundo jefe del ejército, desalojada por los cazadores de la vanguardia republicana, pasó el puente y tomó posiciones del lado opuesto; Barreiro no pudo hacer lo mismo con el grueso de sus tropas y las hizo retirar a cosa de un cuarto de legua del puente, dando con este movimiento tiempo a los independientes para cortarle las comunicaciones con Santa Fe.

Bolívar, activo y formidable, en su negro corcel, con uniforme rojo, roto y manchado, que revelaba las penalidades de la azarosa campaña, presencia los movimientos e imparte las órdenes que le sugiere su genio: Santander debe forzar el paso del puente y Anzoátegui atacar simultáneamente la posición enemiga, mandando el centro y el ala derecha. El combate fue entonces general; los cuerpos 1º *de Barcelona* y *Bravos de Páez* con el escuadrón de caballería *Llano-Arriba*, marcharon por el centro; los batallones *Rifles* y una compañía de la *Legión Británica* formaban la derecha; los de *Nueva Granada* y *Guias* reunidos al de *Cazadores*, que componían la izquierda, atacaron el puente; quedaron de reserva las columnas de Tunja y del Socorro. Barreiro intentó moverse sobre su derecha, como pretendiendo unirse a su vanguardia, pero se lo impidieron el *Rifles* y la *Legión;* entonces esperó el ataque ocupando una altura con la infantería formada en columna, tres piezas de artillería al frente y dos cuerpos de caballería a los lados, y desplegó en guerrilla un batallón en una hondonada para hacer fuego de flanco sobre la infantería republicana. El General Anzoátegui hizo atacar aquel cuerpo que, arrollado, se retiró y se unió al grueso del ejército; las tropas del centro, despreciando el fuego terrible del enemigo, cargaron sobre la fuerza principal y con movimientos audaces la envolvieron; el escuadrón de *Llano-Arriba*, a órdenes de Rondón, se precipitó lanza en ristre; Barreiro perdió su posición y desde ese momento fueron vanos todos sus esfuerzos y no pudo restablecer el combate. La infantería española, que combatió con gran valor durante algún tiempo, quizo rehacerse en otra altura, pero no lo consiguió; la caballería de los flancos abandonó cobardemente el campo y la que estaba de reserva aguardó a la in-

dependiente con las lanzas caladas, y fue despedazada. Casi simultáneamente, el General Santander vencía la resistencia vigorosa de la vanguardia enemiga a órdenes del Coronel Jiménez; éste cedió al ver perdido a Barreiro; Santander pasó el puente y completó la victoria.

La división española, cercada por todas partes y en completa derrota,

BATALLA DE BOYACA (7 de Agosto de 1819)

rindió las armas y se entregó. Barreiro, su segundo Jiménez, casi todos los jefes y muchos oficiales de los cuerpos y más de mil seiscientos soldados, el armamento, municiones, artillería, caballería, banderas, etc. quedaron en poder del vencedor. Sólo se salvaron varios jefes y oficiales que huyeron antes de la terminación de la batalla, alguna tropa y un escuadrón de caballería. Los realistas tuvieron cien muertos y un número igual de heridos, y las pérdidas de los independientes fueron muy pocas. Santander continuó después de la jornada la persecución de los derrotados hasta Ventaquemada, e hizo algunos prisioneros; y Anzoátegni, con el resto del ejército, pasó la noche en el teatro del combate. « Jamás nuestras tropas, dice el Jefe de Estado Mayor, General Carlos Soublette, en el parte oficial, habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bién mandadas. Nada es comparable a

la intrepidez con que el señor General Anzoátegui a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El señor General Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones *Bravos de Páez* y 1º *de Barcelona* y el escuadrón de *Llano- Arriba,* combatieron con un valor asombroso». La jornada de Boyacá, escribía Bolívar poco después, fue la más completa victoria que decidió la suerte de los granadinos, en la cual, no obstante la disciplina de las tropas enemigas, su buena organización y valor de su jefe, quedó destruído «hasta en sus elementos el ejército del Rey».

Tal la gloriosa acción de armas que nos separó para siempre de España. Boyacá no es por sí misma una batalla de grandes proporciones, ni por su duración, porque el sol no avecinó a su ocaso sin ver la libertad naciente; ni por el número de combatientes, porque el vencedor contaba sólo un poco más de dos mil soldados y el vencido cerca de tres mil; ni por la tenacidad en el empeño, ni por la sangre derramada. Boyacá fue decisiva por sus cousecuencias, que luégo relataremos; es el término de una campaña audaz y rápida emprendida por un pequeño ejército desde los Llanos de Venezuela, que carecía de todo, menos de constancia y de valor; y que abrió sus operaciones luchando con la misma naturaleza, como los primitivos conquistadores castellanos; ellos y sus descendientes estaban animados de igual espíritu, y en la lucha entre sí debía sobresalir el mismo elemento, quebrantándose la constancia de los padres ante el tesón de los hijos. De Boyacá puede decirse con D. Andrés Bello: «Jamás un pueblo profundamente envilecido ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente *el elemento ibérico*. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra *Iberia joven,* que abjurando el nombre conservaba el aliento indomable de la antigua. La constancia española se estrelló contra sí misma».

El General Bolívar siguió a Ventaquemada después de la batalla, y allí pasó la noche. Al día siguiente dictó un decreto para perpetuar la memoria de la jornada. Dispuso que los batallones *Bravos de Páez, Barcelona,* lanceros de *Llano-Arriba* y otros, llevaran por trofeo en sus banderas y estandartes, en la parte superior del centro, esta inscripción: *Boyacá.* Además, hizo ahorcar en la plaza de Ventaquemada al oficial Francisco Fernández Vinoni, a quien reconoció entre los prisioneros, en castigo de la traición ejecutada en el año de 1812 con la entrega del castillo de Puerto Cabello a los españoles, crimen que se atribuyó por error, según parece, a dicho oficial. En el mismo día 8 de agosto partió Bolívar hacia Santa Fe de Bogotá con el escuadrón de *Llano-Arriba,* dejando órdenes sobre el movimiento del ejército, que se reunió todo en Ventaquemada.

CONSECUENCIAS DE LA VICTORIA. — En Santa Fe se ignoraba el triunfo alcanzado en Boyacá. Los partidarios del Rey confiaban en el ejército de Barreiro, quien dio parte de la jornada del Pantano de Vargas como triunfo de sus armas en que Bolívar había quedado sin esperanzas de rehacerse. Muy pocos patriotas sabían los resultados de los primeros encuentros de los dos ejércitos, y, dada la situación del de Barreiro, abrigaban desconfianzas del resultado final de la campaña. Engañados los unos y en la incertidumbre los más, salieron de su estado de ánimo de modo inesperado: en la noche del 8 de agosto, a eso de las nueve, llegaron a la ca-

pital dos derrotados de la acción de Boyacá, el Coronel Manuel Martínez de Aparicio y el Comisario del ejército vencido, D. Juan Barrera; se presentaron en el palacio de Sámano y le refirieron, sin ambajes, el desastre; el Virrey no podía dar crédito a tamaña desventura y fue preciso que los fugitivos aseverasen su relación con juramento. La noticia se divulgó pronto en la ciudad, produciendo espanto a los partidarios del Rey y alegría inmensa a los patriotas. Sámano desde el primer instante no pensó más que en salvarse, y la turbación, el trastorno y el terror se apoderaron de todos los que de algún modo, cual más, cual menos, estaban comprometidos en el régimen que se había hundido para siempre; toda la noche se ocuparon en prepararse para emigrar, y el conocido Coronel Sebastián Calzada se encargó del mando de la guarnición de la capital.

La emigración comenzó al amanecer del 9; la mayor parte de los fugitivos se encaminó a Honda para seguir a Cartagena, y otros al Sur con el fin de ir a Quito, a caballo o a pie, como podían; el último mandatario del rey Fernando, que dejaba tras sí tan ingrato recuerdo, salió para Honda custodiado por sus alabarderos, «disfrazado, dice un testigo ocular, con una ruana verde y sombrero grande de hule colorado», y abandonó en el palacio hasta alguna cantidad de oro suya. Los Oidores de la Audiencia, los empleados, los españoles europeos y los demás realistas se pusieron en camino en gran confusión; perdieron los menajes de sus casas y parte de su equipaje; los comerciantes dejaron sus tiendas y almacenes a merced del primero que quisiera apoderarse de ellos. Por último, el Coronel Calzada mandó poner fuego en la mañana del mismo día al almacén de pólvora — situado hacia el sur de la ciudad a orillas del río Fucha, lo que se hizo, pero la explosión no causó daño a Santa Fe — y con la guarnición siguió en vía de Popayán. Uniéronse a Calzada después, una columna de cazadores y otros dispersos escapados de Boyacá, todos los cuales con la guarnición alcanzaron a más de mil hombres. La ciudad quedó sin ninguna autoridad, expuesta a la anarquía y en la mayor confusión; muchos aprovecharon aquel abandono para cometer algunos desafueros y saquear tiendas y almacenes.

Aproximábase Bolívar a la capital cuando tuvo noticia de la fuga de Sámano y de las demás autoridades. Voló a ella dejando su escolta y acompañado sólo de algunos de sus edecanes. Al paso rápido de su caballo de batalla entró el gran capitán a la ciudad de Quesada reconquistada por el esfuerzo de su brazo, a las 5 de la tarde del 10 de agosto: las calles y las plazas se colmaron de gente; el júbilo fue indecible; todos querían verlo como para palpar la hermosa realidad, y las lágrimas que se derramaban de alegría hacían aquel espectáculo tierno y conmovedor. «No poco se ha conmovido mi sensibilidad, escribía el héroe días después, al llegar a la capital de la Nueva Granada, en donde todavía se ven marcadas la depredación y la crueldad».

Llegó después a Santa Fe parte del ejército libertador trayendo a Barreiro y a los otros prisioneros. Bolívar dictó activas providencias para perseguir los restos del ejército español, a Sámano y a los demás emigrados. En alcance de Calzada marchó una expedición a ocupar a Popayán, y a; General Anzoátegui a Honda en seguimiento de Sámano. La fuga de éste fue muy precipitada, llegó a Honda y se embarcó con los emigrados pars Cartagena. Ya habían partido desde el campo de Boyacá algunos cuerpos al Socorro y Pamplona; de Santa Fe siguió a la provincia de Antioquia el Teniente Coronel José María Córdoba, a levantar los pueblos y a arrojar a los españoles; y una expedición al mando del General Soublette se encaminó a los valles de Cúcuta.

La noticia de la derrota de Boyacá produjo pánico en los gobernantes españoles de las provincias. El de Pamplona abandonó su capital, la provincia entera quedó libre y la ocupó el Coronel Pedro Fortoul; Carlos Tolrá, Gobernador de Antioquia, hizo lo mismo retirándose a Zaragoza; entonces el Teniente Coronel Córdoba se adueñó de la provincia y envió al Capitán Juan María Gómez a libertar la del Chocó. El Gobernador de ésta la dejó libre sin resistencia. Los habitantes del valle del Cauca se levantaron y perecieron el Gobernador de Popayán y otros realistas. Calzada llegó a Popayán con los restos de la tercera división, carecía de todo, y se puso a las órdenes del Capitán General de Quito, D. Melchor Aymerich, a quien pidió auxilios. El mismo envió una columna a sofocar los levantamientos en el valle del Cauca, e hizo la guerra a muerte; esa expedición tuvo éxito desgraciado y capituló con el General Joaquín Ricaurte en las cercanías de Buga. Por esto, Calzada abandonó a Popayán y siguió a Pasto con sus fuerzas, acompañado de los empleados públicos y de emigrantes. Por algunos días quedó sin autoridades la ciudad de Belalcázar, hasta que la ocupó el Coronel Joaquín París, quien llegó de Santa Fe con trescientos soldados. A consecuencia, pues, de la batalla de Boyacá, quedaron libres en pocos días ocho provincias de la Nueva Granada, a saber: Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Mariquita, Antioquia y Chocó y gran parte de la de Popayán; sus entusiastas habitantes ofrecían sus bienes y se presentaban a alistarse.

Las provincias libertadas contribuyeron a levantar fuerzas, crear recursos y sostener la causa. Bolívar supo aprovechar las circustancias, y el patriotismo se vio bien pronto en los nuevos batallones que se levantaban con actividad en diferentes partes: unos, se encaminan a la provincia de Pamplona en donde pronto forman un ejército mandado por el General Carlos Soublette; otros, se organizan y equipan en las provincias y están listos a abrir campaña; se colectan sumas cuantiosas para comprar armamento y sostener la lucha en Venezuela.

Bolívar atendía a los diferentes ramos de la administración pública. Dióse a cada provincia un gobernador militar y otro político, con atribuciones; se conservó el gobierno municipal y el mismo sistema de rentas públicas, tal como existía en el Virreinato; pero todos los empleos se confiaron a patriotas decididos. Se organizó el poder judicial que debían ejercer un tribunal de apelaciones y la Suprema Corte de Justicia, en segunda y tercera instancia, respectivamente, y en primera, los Alcaldes ordinarios y los jueces reconocidos por la legislación española; se restableció el Tribunal mayor de Cuentas y se creó una Dirección y Superintendencia general de Hacienda. Por decreto de 11 de septiembre se dio a las provincias libres un gobierno provisional mientras el Congreso resolvía sobre su forma permanente, el cual sería ejercido, en ausencia de Bolívar, por un Vicepresidente de la Nueva Granada, que tendría las mismas atribuciones que el Vicepresidente de Venezuela, conferidas por el Congreso de Angostura. El General Santander fue nombrado Vicepresidente, por sus conocimientos y talentos. La Nueva Granada y Venezuela quedaban bajo un jefe supremo, que era Bolívar.

Con motivo de esa organización y del ardiente deseo de reunir los dos países en un solo gobierno, decía Bolívar en una proclama a los granadinos: «El Congreso general residente en Guayana (Venezuela), de quien dimana mi autoridad, y a quien obedece el ejército libertador, es en el día el depositario de la soberanía nacional, de venezoianos y de granadinos. Los reglamentos y leyes que ha dictado este cuerpo legislativo son los mismos que os rigen, y son los que he puesto en ejecución. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una República es el ardiente voto de

todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana. Pero este acto tan grande y sublime debe ser libre, y, si es posible, unánime por vuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinación del Congreso para convocar una Asamblea Nacional que decida la incorporación de la Nueva Granada. Entonces enviaréis vuestros diputados al Congreso general, o formaréis un gobierno granadino».

El vencedor de Boyacá se dirigió a Sámano a Cartagena, proponiéndole un canje de prisioneros, y decíale: «El derecho de la guerra me autoriza para tomar justas represalias; pero yo, lejos de competir en maleficencia con mis enemigos, quiero colmarlos de generosidad por la centésima vez. Propongo un canje de prisioneros para libertar al General Barreiro y a toda su oficialidad y soldados». Sámano no dio respuesta.

Las personas notables y todas las autoridades de la capital, acordaron una espléndida demostración pública al libertador y a su ejército. La junta que se reunió (1), declaró a los guerreros de Boyacá *Libertadores de la Nueva Granada;* a su jefe le decretó los honores del triunfo; todos los vencedores debían llevar al pecho una cruz con el mote *Boyacá;* las de Bolívar, Anzoátegui, Santander y Soublette serían de piedras preciosas, las de la oficialidad de oro, y de plata las de los soldados; bajo el dosel del Cabildo se colocaría un cuadro de la libertad sostenida por Bolívar, y a sus lados los retratos de aquellos tres Generales; en la plaza de San Victorino se levantaría una columna con el nombre de Bolívar en la parte superior, y en seguida los de todos los héroes; y, por último, el 7 de agosto de todos los años se celebraría el glorioso aniversario.

Llegó el 18 de septiembre y Santa Fe vistió de gala para recibir con los honores de un triunfador romano a Bolívar. Desde el sitio que hoy ocupa el parque del Centenario, precedido de vistoso cortejo, a caballo en medio de Santander y de Anzoátegui — ascendidos ya a Generales de división — y anunciado por los clarines que rompían la marcha, el vencedor de Boyacá entró en la abierta capital «con sus banderas tricolores — bajo lluvia de flores — y al estruendo de músicas marciales». En la plaza mayor consagrada con la sangre de los mártires, el héroe, entre estatuas que simbolizaban sus virtudes, vio ceñida su frente con la corona de laurel que le puso el pueblo agradecido por manos de una niña cuyo padre había perdido la vida en el patíbulo. El Libertador pasó la corona sucesivamente a las sienes de Anzoátegui y de Santander, y luégo la arrojó a los soldados, diciendo: «Esos libertadores son los que merecen estos laureles». El batallón *Rifles* la alzó y la colocó en su bandera. Bolívar, Anzoátegui y Santander también recibieron la venera de Boyacá, que colocaron sobre el pecho (2).

Dos días después, Bolívar partió de la capital a ponerse al frente del ejército que se organizaba en Cúcuta. Entró en ejercicio de sus funciones, como Vicepresidente, el General de División Francisco de P. Santander, con la delegación especial de la dirección de la guerra en las provincias libertadas.

---

(1) La asamblea de notables se efectuó el 9 de septiembre, y el Congreso de Angostura, por decreto de 3 de enero de 1820, aprobó todo lo acordado por ella.

(2) Un monumento perpetúa la gloria de Boyacá. En el sitio de la batalla y sobre la margen derecha del río se alza un obelisco de piedra blanca a la altura de veinticuatro metros, en medio de un prado de flores. Allí están inscritos los nombres de los batallones y de los jefes principales que concurrieron a la jornada. En el segundo cuerpo del monumento hay cuatro pequeños pedestales, dos de los cuales están ocupados hoy por bustos de Bolívar y de Santander, y los otros dos se destinan para los de Anzoátegui y Soublette. El monumento fue levantado por el gobierno del antiguo Estado de Boyacá; la primera piedra se colocó el 7 de agosto de 1878, bajo la administración del doctor D. José Eusebio Otálora, Presidente de Boyacá. La Ley de la República, número 67 de 1896, votó una suma para adquirir un medallón en broce de Bolívar, y cuatro bustos en mármol de los Generales Santander, Anzoátegui, Soublette y O'Leary, con destino al monumento.

APENDICE

Documentos históricos

I.

El plan.

SIMON BOLIVAR, JEFE SUPREMO DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA Y CAPITAN GENERAL DE SUS EJERCITOS, Y DE LOS DE LA NUEVA GRANADA, ETC., ETC., ETC.

.....¡Granadinos! El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad.

Cuartel General en Angostura, agosto 15 de 1818 — Año 8º de la Independencia.

BOLIVAR.

Memorias del General O'Leary — vol. XVI — págs. 84 - 85.

Al General Páez:

Informado oficialmente por las autoridades civiles y militares de la provincia de Casanare, por cartas de personas muy respetables y fidedignas, habitantes de la Nueva Granada, fechadas en los meses de junio y julio último, y por la exposición verbal que me ha hecho el Capitán Uribe, comisionado cerca de mí, de la ocupación de Lima y el Callao, de Guayaquil y Quito por las armas de Buenos Aires y Chile: de la invasión de Popayán y de otras provincias del sur de la Nueva Granada; de que las fuerzas españolas europeas en aquella, no pasan de 200 hombres; que las tropas criollas a su servicio están enteramente disgustadas y dispuestas a pasarse al nuéstro, luégo que se presente el ejército libertador; de que las crueldades y horrores cometidos por los españoles, han irritado hasta la desesperación a los granadinos que han tomado al fin el partido de huir a los bosques, y de formar partidas de cuerpos sueltos, que infestan y desuelan todo el territorio; de que solo faltan allí armas y elementos de guerra, para arrojar o destruír a los españoles de aquel suelo; de que las partidas de guerrillas han interceptado la comunicación de Cartagena con Santa Fe; e instruído también por las gacetas extranjeras de la célebre jornada del 5 de abril de este año, en que el General San Martín en las inmediaciones de Santiago ha destrozado un ejército español de 7.000 hombres, haciéndole 3.000 prisioneros, entre ellos 190 oficiales, lo que ha producido la libertad absoluta del Alto y Bajo Perú, he determinado aprovechar la más bella ocasión para emprender con buen suceso la libertad de la Nueva Granada. Con este objeto marcha el señor General de Brigada Francisco de P. Santander, con un numeroso parque de armas, municiones y cuantos elementos de guerra son necesarios a la provincia de Casanare, a tomar el mando de la fuerza armada que hay en ella, y a levantar, organizar y disciplinar una división respetable que moverá y dirigirá según las instrucciones que ha recibido de mí.

He oficiado directamente al Comandante General de las armas de la provincia de Casanare, y al Coronel Justo Briceño, que queden bajo las órdenes del

General del ejército de operaciones de la Nueva Granada, Santander, y a las autoridades civiles; le auxilien con cuanto necesite, para de este modo aprovechar el tiempo y obrar con prontitud.

La operación que intento sobre la Nueva Granada debe necesariamente producir, tanto a aquella como a Venezuela, incalculables ventajas. Morillo en esta última, concentra sus fuerzas, llamando las de los Llanos de Carácas, donde ha abandonado a Calabozo, el Sombrero, el Calvario y Chaguaramas, que antes ocupaba alguna infanteria, según me participa el General Zaraza. Calzada ha abandonado a Barínas y probablemente seguirá hasta el cuartel de Morillo. Sámano concentra también sus pocas fuerzas en el Reino, por temor de las fuerzas que lo invaden por el Sur; dejando de este modo practicable todas las entradas de aquel Reino, que invadido ahora puede darnos un ejército tan respetable que destruya a sus enemigos, e intimide a Morillo y Venezuela, y lo reduzca o a evacuar a ésta para volar a contener a la Nueva Granada, o lo obligue cuando más a refugiarse a las plazas fuertes de la costa; puesto que en Venezuela somos nosotros infinitamente superiores en número, en toda especie de armas. Logramos poner a Morillo en la alternativa, o de evacuar a Venezuela, para marchar sobre el Reino, o de verse perdido enteramente éste, sin que saque otro fruto que perecer de hambre en las plazas fuertes donde se refugie, y arruinar su nación para aumentar sus tropas, o de salir a los Llanos a buscarnos, donde infaliblemente será destruído.

La cooperación activa de usted con cuantos auxilios estén de su parte al ejército de Casanare, contribuirá poderosamente al plan que me propongo.

Dios etc. — Angostura, agosto 19 de 1818 — 8°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 85.

Al General F. de P. Santander.

Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable, para entrar al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luégo que haya formado el plan y combinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa.

Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted solo, solo debe saberlo.

Dios etc. — Cañafístolo, mayo 20 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

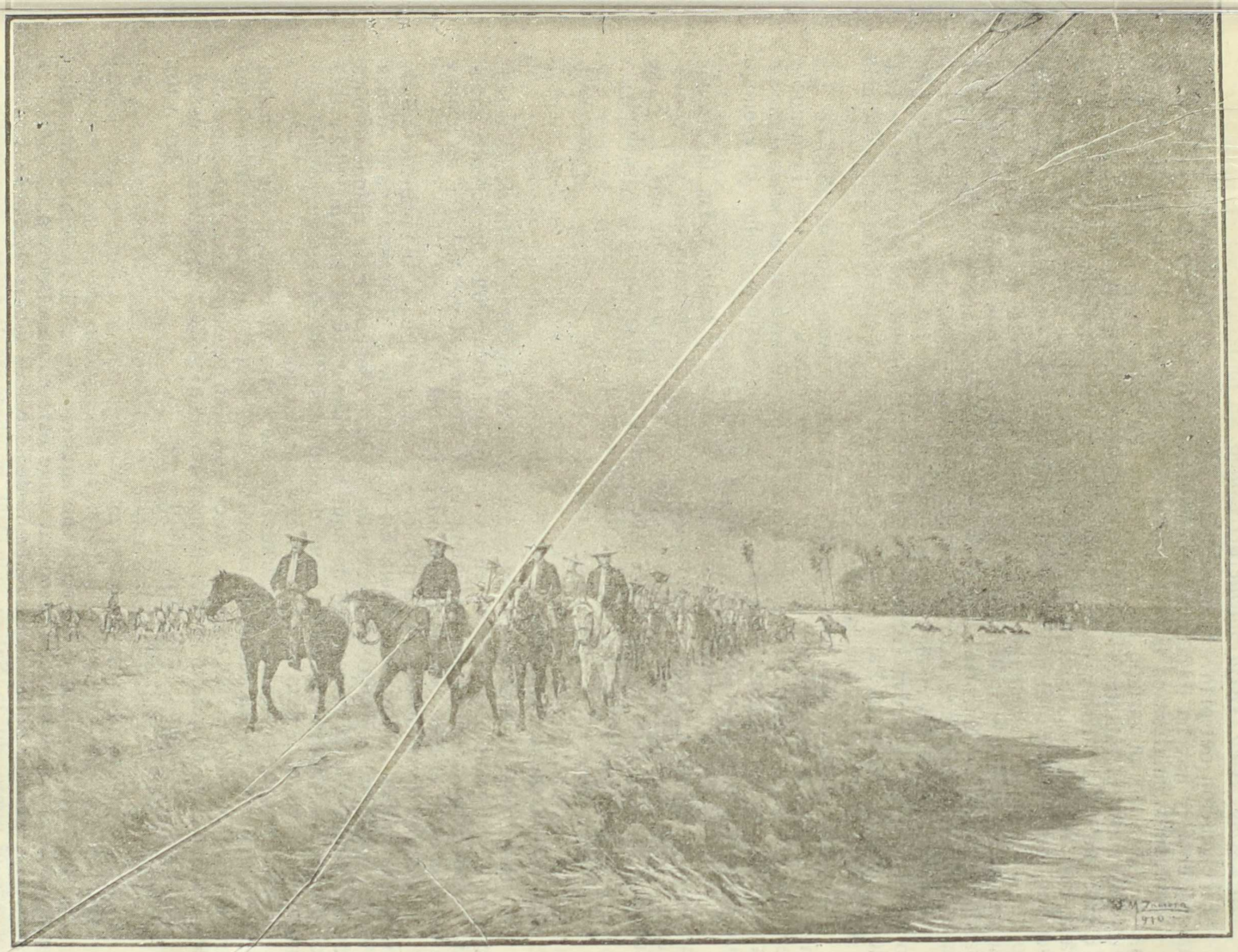
Memorias cit. — pág. 364.

Al Excmo. señor Vicepresidente.

Por fin, después de las más serias meditaciones me he determinado, habiendo consultado antes a los jefes del ejército, a ejecutar la más importante operación que en nuestro presente estado puede emprenderse. Mi pensamiento es marchar a Cúcuta con la mayor parte de este ejército, dejando aquí el resto para la seguridad del Bajo Apure. Entretanto, el señor General Santander entrará por Soatá a incorporarse con nosotros por aquella parte. La rapidez será la divisa de esta campaña. No daremos tiempo a Morillo para que nos tome la espalda, pues para cuando él pueda emprender algo contra nosotros ya habremos vuelto sobre él con fuerzas dobles o triples de las que llevamos. La Nueva Granada se halla en el estado más propicio para ser libertada, y creemos con fundamento que lo será con poca dificultad, y entonces nuestros medios para finalizar la guerra se habrán aumentado muy considerablemente. Hace mucho tiempo que estoy meditando esta empresa, y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele; así lo creo y es de desear.....

Dios etc. — Mantecal, mayo 26 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 371.



CAMPAÑA LIBERTADORA DE 1919. — **Bolívar y su Estado Mayor en marcha por los Llanos.** (Cuadro de J. M. Zamora, colombiano).

II.

La marcha.

Al Excmo. señor Vicepresidente del Estado.

En ejecución del plan que comuniqué a V. E. en mi oficio de 26 del pasado, marchó el 27 y hoy ha llegado aqui todo el ejército.

Aunque la empresa es fácil del modo que la anuncié a V. E., para asegurar más el resultado he variado las operaciones. En lugar de ir a Cúcuta me dirijo a Casanare con la infantería. Reunido allí con el señor General Santander, ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada. Entretanto el señor General Páez, con una columna de caballería, tomará los Valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque obligamos al enemigo, o a concentrar las fuerzas en Sogamoso o a dividirlas para atender a todas partes. En el primer caso nos abandona las provincias de Pamplona y Socorro, y parte de las de Santa Marta y Tunja. En el segundo nos será muy fácil batirlo y es más seguro el resultado.

Cualquiera que sea el plan que el enemigo adopte luégo que hayamos entrado al interior de la Nueva Granada, quedaré yo mandando el ejército todo reunido, y el señor General Páez volará a continuar en el mando de esta provincia y del cuerpo de ejército que la cubre.

La mayor parte o casi toda nuestra caballería queda aquí obrando en dos Divisiones. Una a las órdenes del señor General Torres sitia a San Fernando y defiende el Apure, desde Nútrias para abajo. Otra al mando del señor Coronel Arismendi, marcha mañana hacia Barinas, a hacer incursiones sobre el enemigo para entretenerlo y sacar todas las ventajas posibles.

Cuando el señor General Páez regrese de Cúcuta, traerá todas las tropas que lleva, y reunidas todas estas fuerzas les dará la dirección que sea conveniente. Como su ausencia no puede exceder de 15 ó 20 días a lo más, V. E. se dirigirá a él para todo lo que tenga que comunicar al ejército de Occidente.....

Dios etc. — Guasdualito, junio 3 de 1819 — 9°.

Memorias cit. — pág. 389).

BOLIVAR.

Al señor General Santander.

Al pasar ayer el Arauca tuve la satisfacción de recibir dos oficios de usted, fecha de 27 del pasado, incluyendo en uno copia del documento que acredita haber sido reconocido solemnemente el Gobierno de Venezuela por usted y las tropas de su mando, y el otro contestando a mi orden del 20.

Supongo a usted instruído ya por el señor Coronel Lara, del plan de operaciones que indiqué en aquella orden. En ejecución de el ha pasado ya el Arauca la mayor parte del ejército, y he dejado al señor General Páez dispuesto para moverse sobre Cúcuta. Yo seguiré de aquí hoy mismo con el ejército, que estará incorporado con usted dentro de siete u ocho días. Probablemente yo me adelantaré en la marcha, para tener antes esta satisfacción.

Espero encontrar a usted preparado del todo para moverse, y que no habrá olvidado tomar todas las medidas necesarias para tener abundantes transportes para el parque, y todos los caballos útiles que sean posibles para remontarnos, pues los que lleva el ejército apenas alcanzarán hasta el Cuartel General de usted.

Dios etc. — Arauca, junio 5 de 1819 — 9°.

Memorias cit. — pág. 394.

BOLIVAR.

Al señor General Páez.

Ayer tuve la satisfacción de reunirme aquí con el señor General Santander, y mañana llegará también todo el ejército que está hoy en Betoyes.

Por las últimas noticias que tenemos de la Nueva Granada, el enemigo ha reforzado el punto de la Salina, con 200 hombres de la tropa que existía en Soatá. Con este refuerzo, la fuerza de la Salina asciende a 200 hombres de la mejor tropa que tiene el enemigo. Este es el cuerpo más considerable que ha

quedado a nuestro frente, porque los demás destacamentos son débiles y el cuerpo principal del ejército se ha retirado hacia Santa Fe, evacuando a Sogamoso.

A pesar de ser el camino de la Salina el que está más cubierto y fortificado, estoy decidido a hacer mi marcha por él, así porque es el más breve y mejor, como porque ofrece mil comodidades para las tropas que pernoctarán siempre en poblado, y sufrirán poco el rigor de los páramos, por ser menos fuertes y no tan largos.

Todas las medidas están tomadas para emprender de aquí la marcha el día 15 sin falta. Los prácticos convienen en que dentro de doce días estaremos en Sogamoso por lentas que sean las marchas. Estoy, pues, cierto de que el 27 a más tardar habré llegado a Sogamoso, y usted debe ocupar a Cúcuta un poco antes, es decir, entre el 25 y el 27.

Ninguna noticia he recibido de usted ni del señor General Torres, ni de Angostura, desde que salí de Arauca. Es probable que usted haya tenido algunas, que espero me las dirija a la mayor brevedad. Recomiendo además a usted, que antes de marchar de ahí prevenga con el mayor encarecimiento a todos los jefes que queden, que me remitan sin dilación todas las correspondencias que vengan para mí.

Dios etc. — Tame, junio 13 de 1819 — 9º. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 400.

Al señor General Santander.

Anoche llegué aquí, a pesar de las dificultades que presenta el camino desde Casanare. Como la lluvia no ha cesado desde el 18 a medio día, todos los caños han crecido y están de nado.

El ejército quedó en el río ayer tarde, porque el pasaje se ha hecho también muy difícil por la gran creciente que ha habido. Muchas mulas del parque y caballos de los oficiales se han ahogado, y el ganado se ha rechazado tanto, que temo se pierda todo, o por lo menos más de la mitad. Esta pérdida proviene principalmente de la falta de prácticos, pues según me informa aquí el señor Coronel Molina, hay otro paso para el ganado, muy cómodo, porque es de vado. Un edecán va ahora a prevenir que lo traigan por allá, si no ha pasado aún, pero es preciso contar siempre con una gran pérdida, y usted debe tomar sus medidas para reponerla.

Como probablemente las lluvias continuarán con el mismo rigor que en los dos últimos días, es regular que crezcan todas las quebradas y ríos. Los señores Coroneles Lara y Molina marchan ahora a poner puente en los brazos de Ariporo que lo admitan y a vadear los otros. Esto mismo dispondrá usted que se haga en los demás pasos de ríos que tenga que hacer el ejército, para no sufrir demoras que pueden sernos perjudicialísimas. Repita usted también sus órdenes para que estén prontas en el paso de Pauto las canoas que se mandaron venir.

Dios etc. — Cordero, junio 20 de 1819 — 9º. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 401.

Al señor General Santander.

Desde antes del medio día está aquí la división de retaguardia, y cuando yo esperaba que llegase también el señor Coronel Moreno con las tropas y el ganado que conduce, se ha recibido un parte de él, avisando que está con la tropa en el pie de la cuesta; pero sin caballos ni ganado. Dice que mañana podrá venir a este pueblo; sin embargo de que aún no había llegado el ganado que dejó del otro lado de Tocaria. Una lentitud semejante me ha obligado a destinar al mismo señor Jefe del Estado Mayor General, para que vaya a activar la marcha de aquella columna y particularmente la del ganado. Hoy no comerá esta división y quién sabe si sucederá mañana lo mismo; así he determinado hacer alto aquí, donde siquiera se encuentran plátanos, hasta que tenga-

mos ganado necesario para la marcha. Usted esperará también en Paya hasta que reciba nueva orden, pues no es prudente emprender el camino que nos flata, sin llevar los víveres necesarios.

Dios etc. — Morcote, junio 27 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 402.

III.

Un episodio.

El Comandante Nonato Pérez, hijo de Pore, con su influjo y relaciones consiguió unas panelas y mandó hacer unas tinajas de guarapo para obsequiar al Libertador con un convite, el cual no era otro que preparar una novilla gorda bien asada al uso del Llano. El día 20 en la sabana, a la salida de la ciudad (Pore), bajo la bóveda celeste, que era el suntuoso palacio donde se celebró esta comida, se reunieron a las tres de la tarde el Libertador, su Estado mayor general y los jefes y oficiales del ejército, cada uno con su *belduque* en mano, que era el cubierto obligado.

El Libertador, con aquella viveza y penetración que nada dejaban escapar, observó que el valiente Coronel Jaime Rook llevaba una casaca vieja, bien abrochada, y que no tenía camisa, y le preguntó: — ¿Coronel, no tiene usted camisa? — No, General, le contestó. Entonces llamó a su mayordomo José Palacios y le dio orden de que le diera una de sus camisas al Coronel Rook. — ¿Cuál?, repuso el mayordomo; usted no tiene más que dos, la puesta y otra rota que le están lavando.

Aquel era el tiempo del heroismo, de la abnegación y del más acendrado patriotismo. Nadie pensaba en negocio propio.

(MANUEL A. LOPEZ. — *Recuerdos históricos*, pág. 5).

IV.

Diario de las marchas y cuerpos del ejército.

Mayo 14 — En este día salió del pueblo de Rincón hondo el ejército expedicionario, compuesto de la división Anzoátegui y de la Legión inglesa de Rook, cuyas fuerzas se acercaban a 1800 infantes y 600 caballos.

18 — En este día entró en el pueblo de Setenta.

20 — En éste siguió al pueblo de Quintero.

21 — En éste llegó al de Mantecal.

27 — En éste salió de Mantecal y acampó en el Hato Diero o de los Díaz.

28 — En éste acampó en el Hato Bezcanzero.

29 — En éste acampó en el Hato Avileño.

30 — En éste acampó en el Hato Guerrereño.

31 — En éste acampó en la Mata de Valentín.

Junio 2 — En este día entró el ejército en la ciudad de Guasdualito.

4 — En éste salió de Guasdualito y llegó al Arauca, el cual comenzó a pasar inmediatamente.

5 — En éste acabó de pasar el río, estuvo formado en la Villa y siguió a acamparse en las Cuatro Matas.

6 y 7 — En estos dos días prosiguió su marcha y pasó el famoso estero de Cachicamo.

8 — En éste pasó de vado el caño La Rendición y también el río Lipa.

9 — En éste llegó al río Guiloto y pasando de vado acampó en la Mata de Chaparro Negro.

10 — En éste llegó al río Ele, en cuyo pasaje ocupó todo el día y parte de la noche, por estar crecido.

11 — En éste continuó la marcha y pasó felizmente el río Crabo, llegando hasta cerca de Macolla de Guasduas.

12 — En éste pasó Macolla de Guasduas y acampó en el Hato Santo Domingo.

13 — En éste llegó al pueblo de Tame, situado en una bonita altura.
14 — En éste llegó al pueblo de la Betoyes, en donde por primera vez fue el ejército racionado de plátanos. Allí estaba el cuartel general del ejército de Casanare, a órdenes del General FRANCISCO DE PAULA SANTANDER.
17 — Hasta este día descansó el ejército principal de su penosa marcha desde Apure; pero en los cuatro días intermedios se dio a todo él la competente organización para la próxima campaña.
18 — En este día pasó de vado el río Tame.
19 — En éste pasó de vado el río Casanare.
20 — En este siguió hasta el Cantón Cordero, donde acampó.
21 — En éste acampó en el trapiche del Toche.
22 — En éste llegó el ejército a la ciudad de Pore, capital de la provincia de Casanare.
23 — En éste continuó su marcha hasta el pueblo de Nunchía.
24 — En éste pasó felizmente los ríos Nunchía y Tocaría.
25 — En éste llegó al pueblo de Morcote.
26 — En éste llegó a la altura de Chitabaca o páramo de los Llaneros.
27 — En éste llegó al pueblo de Paya y desalojó al enemigo que lo ocupaba. Primera función de armas.
Cuerpos de que se componía el ejército republicano:
Batallón 1.° de Cazadores.
Batallón 1.° de línea de Nueva Granada.
Id. de Venezuela.
Id. de Rifles.
Id. de Barcelona.
Id. de Bravos de Páez.
Id. de Rifles ingleses.
Escuadrón de lanceros del Alto Llano.
Id. de Guías de Apure.
Id. de Guías de Casanare.
Id. de Dragones. (Blanco — *Documentos sobre la vida del Libertador etc.*, vol. — VI — pág. 681).

V.

Operaciones - Paso de los Andes y primeras funciones de armas.

Al señor General Santander.

Supongo que habrá usted recibido mi oficio de ayer, en que a consecuencia de un parte del señor Coronel Moreno, previne a usted que suspendiese en Paya sus marchas hasta nueva orden, mientras la división de retaguardia permanecía en este pueblo esperando el ganado. Afortunadamente el señor General Soublette, que marchó ayer a acelerar la marcha de él, lo ha adelantado, de modo que ya se descubre desde aquí; y sin embargo de que no sé cuánto sea, inmediatamente que llegue aquí haré que se escojan las reses que vengan menos estropeadas y las remitiré a usted con algunas mulas de las que vienen en madrina.

La retaguardia marchará mañana. Si usted tiene víveres o puede encontrarlos se adelantará hasta Pisba, para evitar la reunión de todas las fuerzas en Paya, lo que volvería a entorpecer las marchas.

Todavía no he recibido ningún parte de usted acerca de sus operaciones sobre Paya.

Por los peones que empiezan a llegar con las mulas, sé que el ganado que viene no son sino trescientas reses cogidas en Tocaria, porque el que venía de Pore no pudo seguir de allí por estar estropeado. Aguardo al señor General Soublette o al Coronel Moreno, para saber lo que haya de cierto y para ver el número positivo de reses con que podemos contar.

Dios etc. — Morcote, junio 28 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 403.

Al Excmo. señor Vicepresidente del Estado.

Desde Guasdualito, donde tuve la satisfacción de escribir a V. E., no había ocurrido novedad importante en el ejército. Todas nuestras operaciones se limitaban a marchar por país amigo, hasta el 27 del presente en que atacó la vanguardia al destacamento de 300 hombres que tenía aquí el enemigo. Este suceso ha dado principio a la campaña de la Nueva Granada, y si los primeros sucesos pueden ser presagio del resultado de una empresa, el de la nuéstra será el más feliz: 300 hombres de la más selecta infantería enemiga han sido desalojados de esta posición, tan fuerte por la naturaleza, que cien hombres son bastantes para detener el paso a 10.000. La ventaja de nuestra victoria se redujo a la ocupación del puesto, sin haber podido perseguir al enemigo porque pasó el puente del río Paya, que no da vado, y lo cortó. Se le quitaron los pocos víveres que tenía aquí y se le mataron algunos hombres.

Pero no ha sido esta la victoria que más satisfacción ha producido al ejército, ni la que más esfuerzos nos ha costado. La principal dificultad que hemos vencido es la que nos presentaba el camino. Un mes entero hemos marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos, que parece se redoblan, al paso que nos adelantábamos en ella. Es un prodigio de la buena suerte haber llegado aquí sin una novedad con el ejército, después de haber atravesado multitud de ríos navegables que inundaban una gran parte del camino que hemos hecho en los Llanos. Esta creo que fuese la principal dificultad de mi marcha, y vencida, nada me parecía lo demás, cuando he tropezado con obstáculos que sólo la constancia a toda prueba pudiera haber allanado. La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa. Para formar una idea de ellas basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y hemos perdido todo el ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuído también a hacer más pesado el camino; apenas hay día o noche que no llueva; al fin, aunque no hemos concluído la marcha, podemos lisonjearnos de haber hecho lo más difícil, y de que nos acercamos al término. Dentro de ocho días lo más tarde estaré en Sogamoso, y para entonces espero que habrá mejorado mucho nuestra situación. Todas las noticias que recibimos de la Nueva Granada confirman y alimentan nuestras esperanzas. Unánimemente afirman todos que en el interior del país hay multitud de guerrillas que molestan sin cesar al enemigo; que éste nos teme, al paso que el pueblo arde por vernos llegar; que el General Mac Gregor amenaza en efecto la costa, y que aún se dice que obra ya en ella. Si estas noticias se confirman, podemos contar con que nuestra campaña quedará terminada muy pronto y muy gloriosamente. Nada hay que pueda detenernos si el pueblo nos ama. Las fuerzas del enemigo no alcanzan ni para contener a los paisanos.....

Dios etc. — Cuartel General de Paya, junio 30 de 1819 — 9º. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 405.

SIMON BOLIVAR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, CAPITAN GENERAL DE LOS EJERCITOS DE VENEZUELA Y NUEVA GRANADA, ETC., ETC., ETC.

A los habitantes de Nueva Granada.

Granadinos:

Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare, a las órdenes del General Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que, después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores, han pensado en haceros participar de su libertad. De más remotos climas una Legión Británica ha dejado la patria de la gloria por adquirirse el renombre de salvadores de la América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre a la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras.

Granadinos:

Vosotros en los años pasados sucumbisteis bajo el poder de aquellos ague-

rridos tiranos que os envió Fernando VII con el feroz Morillo. Este mismo formidable ejército, destruído por nuestros triunfos, yace en Venezuela; vosotros solos sosteneis la crueldad de vuestros tiranos; pero vosotros sois granadinos, sois patriotas, sois justos; vosotros volvereis, pues, contra los españoles esas armas de maldición que os habían confiado para que fuéseis vuestros propios verdugos.

Granadinos:

El ejército libertador está convencido de vuestros sentimientos liberales: sabe que vosotros habeis sido más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos. No temáis, pues, nada de los que vienen a derramar su sangre por constituírnos en una nación libre e independiente. Los granadinos son inocentes a los ojos del ejército libertador, del Congreso y del Presidente de la República. Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aún éstos perecerán, si no es en el campo de batalla.

Paya, junio 30 de 1819 — 9º. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 407.

Al Alcalde de Socotá.

El señor Coronel Lara pasa a ese pueblo, comisionado por mi, para traer todos los hombres que puedan reunirse para recoger en el páramo las bestias y otros efectos que ha dejado el ejército. Yo espero que hará reunir inmediatamente todos los vecinos que sirvan para ese efecto, y que poniéndolos a la disposición del Coronel Lara le preste, además, los auxilios que él pida, especialmente una o dos mulas de silla.

Dios etc. — Las Quebradas, julio 6 de 1819 — 9º. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 408.

Al señor General Soublette.

Desde el pie del páramo el día 5, anuncié a usted las dificultades que tiene la marcha, por la aspereza del camino y la escasez de pastos. Aquel mismo día entramos al páramo, y sin embargo de que nos hizo un buen tiempo, sufrió mucho la tropa por el frio y perdimos todas las bestías de silla y carga: rara ha sido la que ha podido pasar. Temo mucho que la división de usted sufra la misma pérdida, y para prevenirla he destinado al señor Coronel Lara para que con los vecinos de este pueblo y los de Socotá vaya a auxiliar a usted trayendo a hombros los pertrechos y armamento que no vendrían a caballo. También lleva el Coronel Lara la comisión de recoger todas las bestias cansadas que han quedado en el páramo, y los fusiles, municiones y cualquiera otro objeto que haya quedado. Una comisión semejante debe usted librar cuando haya pasado la división con el mismo fin.

Como la jornada del páramo es extremadamente mala y bastante larga, será muy conveniente que las tropas la hagan sin detenerse a aguardar el parque que debe venir más lentamente, hasta las Quebradas, donde el frío no es tan considerable. En las Quebradas ya encontrará usted víveres, y sobre todo aquí.

Los tres pueblos que hemos ocupado hasta ahora nos han recibido con muchas demostraciones de gozo y mucho entusiasmo por la libertad. Nadie ha emigrado y todos prestan gustosamente los auxilios que se les piden. El mismo espíritu reina en todos los demás pueblos, porque iguales han sido las vejaciones de los españoles en todos ellos.

Los enemigos han sido tan sorprendidos con nuestro movimiento, que ignoran aún lo que estamos haciendo. Los 300 hombres que había en la Salina permanecen allí adelantando sus fortificaciones por la parte del Llano. Las tropas que estaban en Soatá marcharon, doce días há, para Santa Fe, antes de que supieran nada de nuestra empresa. En Sogamoso no hay sino 100 hombres de caballería, y según la medida que han tomado de extraer los heridos que tenían allí, parece que no tratan de defenderlo. Un posta que me ha venido anoche de Tasco, asegura, además, que las tropas de Labranzagrande se retiraban ya para

Sogamoso. Espero tener hoy noticias muy detalladas por los prisioneros que debe haber tomado una partida de nuestros *Guías a caballo* que fue a sorprender otra enemiga en los Corrales, a las inmediaciones de Sogamoso.

Dios etc. — Socha, julio 7 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 408.

Al ciudadano Antolino Tobián.

Por las presentes tengo a bien nombrar a usted comisionado interino de justicia del pueblo de Pisba.

Serán los primeros cuidados de usted atraer a todos los naturales para que se restituyan a sus casas, y conservar el orden y la tranquilidad interior entre ellos, haciéndoles amar la libertad con el goce de ella.

Yo espero que desempeñará usted este encargo con la pureza, celo y honor que corresponden a la confianza que he depositado en usted.

Dios etc. — Socha, julio 7 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 409.

Al señor Coronel Lara.

Sin embargo de que no han podido salir todavía de este pueblo los hombres que deben ir con usted, se están activando todas las medidas para que salgan hoy mismo. Supongo que habrá sacado ya usted de Socotá la gente que se le mandó entregar. Si cuando llegue usted con ella a las Quebradas no hubiese llegado la que va de aquí, seguirá usted a cumplir la comisión, dejando allí las órdenes de lo que debe hacer ésta.

Para que no sufra usted alguna equivocación, le repito ahora que su comisión es: 1° ir a auxiliar al señor General Soublette donde quiera que esté y principalmente en el páramo, sacando a hombros los fusiles y municiones que no puedan venir de otro modo; 2° recoger los fusiles, municiones, caballos, mulas y cualquiera otro objeto que haya dejado el ejército en el páramo; 3° ver si se pueden socorrer los soldados que hayan quedado emparamados, sepultando los que indubitablemente están muertos y sacando los que den alguna esperanza de vida. Debe usted saber en cuanto a esta última parte de su comisión, que muchos días después de emparamado un hombre ha vuelto a la vida, por medio del calor y de los alimentos.

Dios etc. — Socha, julio 7 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 409.

Al Alcalde de Socotá.

La tercera división del ejército que ha quedado en Paya, debe pasar el páramo y llegar a las Quebradas mañana o pasado, lo más tarde. En las Quebradas deben encontrar los víveres necesarios para el día que salgan, porque probablemente no traerán ningunos. Tome usted las medidas que crea convenientes para tener allí prontas 800 ó 1.000 raciones, que es lo menos que se necesita.

Dios etc. — Socha, julio 7 de 1819 — 9°. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 410.

Al Excmo. señor Presidente.

Excmo. señor:

Acabo de recibir el oficio de V. E., de ayer, y voy a dar las órdenes para que se ejecute lo que me previene; pero debe observarse que en Labranzagrande existe aún una guarnición enemiga, la misma que se desalojó de Paya, y que marchando el mayor Cegarra con todos los indios, y los pocos hombres que tenga útil, queda abandonada la caballada y el ganado que allí está.

Además, con la existencia de los enemigos en Labranzagrande, se consigue muy poco o nada de los indios, pues a mí me ha sucedido en Pisba no poder

sacar uno solo, sin embargo de haber hecho cuantos esfuerzos son imaginables. Allí he dejado once cargas de municiones en el suelo, y al Coronel Mariño con el encargo de sacármelas si se logra reunir el número de indios suficientes.

El señor Coronel Lara me ha remitido 40 hombres de maleta, y éstos llegarán mañana a las Quebradas con lo que puedan conducir. Aquí dejo municiones; también tendré que dejar en la Ramada, y he determinado irme adelante para activar los recursos, pues si no se viene a buscar todo esto no irá jamás.

Los ingleses están medio muertos, pero allá irán; pasado mañana pasarán el páramo y en las Quebradas contaremos los que salgan.

El señor Coronel Nonato Pérez seguirá inmediatamente, como V. E. lo dispone; y si al salir a las Quebradas consiguiere bestia fresca, es posible que se reúna al Cuartel General pasado mañana, aunque sea por la noche.

Yo estoy desesperado, no de trabajar, pero de no poder hacer nada.

Dios etc. — Puebloviejo, julio 11 de 1819. C. SOUBLETTE.

Memorias cit. — pág. 410.

BOLETIN DEL EJERCITO LIBERTADOR DE LA NUEVA GRANADA, DEL DIA 12 DE JULIO DE 1819.

Instruído S. E. el Presidente de Venezuela del estado lamentable en que violentamente gime la Nueva Granada, resolvió marchar con las divisiones de los Generales Anzoátegui y Santander, y la legión británica a las órdenes del Coronel Rook, a libertar este virtuoso pueblo que nos ha recibido con el entusiasmo que inspira la santa libertad.

El 4 de junio pasó el ejército el Arauca, y atravesando cien ríos caudalosos, inmensos pantanos y los Andes por el páramo de Pisba, llegó a Socha el 6 del corriente, después de haber batido el General Santander, en Paya, el 27 del pasado, 300 hombres que guarnecían aquella formidable posición, en la cual pensaba el enemigo detenernos.

El 7 marchó el Comandante Durán con 20 *guías* de la vanguardia a descubrir el enemigo sobre Corrales, donde sorprendió y tomó un pequeño destacamento que allí había. En consecuencia de esto, el enemigo evacuó a Sogamoso. El 10 el General Barreiro, que manda la fuerza enemiga de la Nueva Granada, se presentó con dos columnas de 800 hombres cada una sobre Corrales y Gámeza. En el primer punto el Coronel Briceño, con un escuadrón cargó sobre la descubierta del enemigo, la destruyó completamente y rechazó toda la columna que la seguía. Al mismo tiempo el Teniente Franco, que con 60 hombres observaba en Gámeza al enemigo, fue atacado y perseguido hasta encontrar con el General Santander que iba en su auxilio con el primer batallón de *Cazadores de la Nueva Granada*. El enemigo, al ver nuestro refuerzo, replegó hasta la peña de Tópaga, donde tomó posiciones. Allí permaneció toda la noche y reunió la columna de Corrales.

Nuestros pequeños destacamentos replegaron por la noche al Cuartel General de aposentos de Tasco; y al amanecer el 11, las divisiones Santander y Anzoátegui marcharon a encontrar al enemigo que había ya pasado el río de Gámeza y venía a buscarnos. Apenas observó nuestra marcha, el General Barreiro replegando con una rapidez inaudita, repasó el río y tomó la formidable posición de la peña de Tópaga.

El primer batallón de *Cazadores* y tres compañías más de los batallones de *Rifles, Barcelona* y *Páez*, pasaron el puente bajo los fuegos cruzados y vivos del enemigo. Estos *Cazadores* se han portado con un arrojo que no pudo menos de aterrar a los contrarios, los cuales, temiendo ser atacados a la bayoneta, se retiraron al fin a los molinos de Tópaga, posición más ventajosa aún que la que antes ocupaban. Nuestras tropas fatigadas de un combate que duró ocho horas, con una desventaja de posiciones la más desigual por nuestra parte, acamparon en Gámeza. Nuestra pérdida en estos combates se reduce a 12 muertos, entre los cuales el Teniente Villegas, y el abanderado de *Cazadores*, Carballo; 76 heridos, y entre éstos el Comandante de *Cazadores*, Antonio Arredondo, digno del

sentimiento general del ejército, por su intrepidez y conducta militar; los Capitanes Guerrero y Gómez, y el General Santander contuso. La pérdida del enemigo, según los prisioneros, excede de 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Hoy ha vuelto el ejército a ocupar sus antiguas posiciones, a esperar la Legión Británica, la columna del Coronel Pérez y la entrada del General Páez por Cúcuta. Mientras tanto nuestros soldados, fatigados de marchas y privaciones de que difícilmente se podrá citar otro ejemplo en la historia militar, reposa y espera tranquilo la victoria.

Cuartel General en Tasco.

El Ayudante general encargado del Estado Mayor General,

M. MANRIQUE.

Memorias cit. — pág. 411.

Excmo. señor Presidente de la República.

Excmo. señor:

Son las siete de la mañana, y acabo de recibir el oficio de V. E., del dia 18, en Cerinza.

Hoy mismo marcharán las tropas inglesas por Sátiba y mañana estarán en Cerinza, y seguirán a donde V. E. les ordene.

Yo estoy desesperado por la tardanza de las sillas, y no sé a qué atribuírlo; todos los días he escrito a Salom, y ni una sola palabra me ha contestado. En el momento sale otro posta.

De aquí remitiré mañana 16 carabinas; de Socha no sé las que se manden, e irán las más que se consigan. Estas no habían ido porque necesitaban de composiciones. Las útiles las distribuyó el Coronel Lara en gente que marchó.

Aquí se me ha presentado el ciudadano Manuel Eslava, que viene de Mogotes, jurisdicción del Socorro. Da la noticia de que el Socorro fue ocupado por Santos, Tovar y Calvo, el jueves o viernes de la semana pasada. Le he prevenido pase a presentarse a V. E. Repite la noticia de la próxima llegada del señor General Páez, a quien están aguardando los vecinos y Alcaldes de Soatá.

Yo estoy muy mejor y dentro de dos días pienso ponerme en marcha, si consigo bestias, pues estoy absolutamente a pie.

Todavía no hemos conseguido reunir todo el hospital.

Dios etc. — Sátiba, julio 20 de 1819 — 9°.

C. SOUBLETTE.

Memorias cit. — pág. 418.

Excmo. señor Presidente de la República.

Excmo. señor:

Ya en marcha para el Cuartel General, he recibido el oficio de V. E., de ayer, y como no me dice V. E. terminantemente que deba permanecer en estos partidos, cuando para ayer debía haber recibido mis avisos de que estaba próximo a marchar, y como por otra parte me manda ejecutar todo lo contenido en los ocho artículos de su orden, he determinado hacer alto aquí hasta recibir una contestación de V. E. terminante, por no exponerme a hacer una contramarcha.

Comunicadas las órdenes como quedarán esta noche, al señor Coronel Lara, a todos los pueblos, al Comandante General de Casanare y al Comandante de Paya, me parece inoficiosa mi permanencia aquí: el señor Coronel Lara es infinitamente activo y eficaz, y hará más que cualquier otro; y yo casi bueno de mi pie puedo ir a ocupar mi destino en el ejército, del cual he estado ya demasiado tiempo ausente.

Mañana sigue de aquí el señor Coronel Carrillo con 100 hombres de infantería y 25 de caballería, pertenecientes a los diferentes cuerpos del ejército que han salido de los hospitales: siguen al mismo tiempo treinta cargas de municiones, una de piedras de chispa y 170 fusiles, de ellos los 100 con bayonetas.

En Socotá sólo han quedado 4.000 cartuchos, dos cargas de piedras de chispa, el armamento descompuesto, en que diariamente se trabaja, y las armerías.

Se están construyendo lanzas con los cañones de fusiles que vinieron de Paya, y es todo el hierro que tenemos; he mandado recoger hierro por todas partes, pero creo que será infructuoso, porque es artículo muy escaso, y no creo que se puedan construír lanzas en otra parte que en Socotá, en donde tengo dos fraguas montadas.

Al señor Gobernador de Pore le prevengo que el parque lo remita por el camino de la Salina a Socotá, en donde el Coronel Lara tendrá preparado el necesario para que siga al Cuartel General; si Sogamoso estuviese en seguridad, las conducciones de Pore y Paya sería mejor que se hiciesen por Labranzagrande; V. E. que está al cabo de las operaciones podrá decidirlo.

El Coronel Lara irá a Sátiba y Soatá si fuese necesario, y a cualquiera otro punto de los de retaguardia; pero esto no se lo prevengo expresamente, sino lo dejo a su arbitrio para que obre según las circunstancias.

El Capitán Toscano, con fecha de hoy, me participa haber tenido noticia de que los enemigos trataban de reunir algunas fuerzas en el Socorro; que sólo había 187 fusileros, que a la fecha habrán marchado a Santa Fe; que la guerrilla de Santos se hallaba en el Alto del Mercado con la fuerza de 400 hombres, y que trataban de reunírsele algunos más.

Ni las sillas, ni el botiquín han llegado; pero es imposible que tarden más de 24 horas. Las medidas están tomadas para que sigan al Cuartel General inmediatamente las primeras, y para que se forme un botiquín de lo más necesario. En el hospital general se carece de vendajes.

Irá el papel que V. E. pide, luégo, luégo.

También seguirá mañana una armería para las pequeñas composiciones que se ofrezcan en el ejército.

El señor Coronel Manrique me ha pedido a nombre de V. E. víveres para el ejército, y sin embargo de que estos pueblos están a tanta distancia del Cuartel General, se han tomado todas las medidas convenientes. De Sátiba ya me avisan haber salido algunos ganados y harina; aquí tengo harina y menestras que se han detenido para auxiliar el parque, pero seguirán lo más breve y continuarán haciéndose las remisiones, hasta que V. E. me diga que ya no se necesita más.

El Comandante General de Casanare pide papel para construcción de cartuchos y yo no puedo mandárselo; ahora le pido pólvora en granel para rehacer todos los que se nos han mojado, y sepa V. E. que no estoy muy seguro de que los que ahora se remiten estén buenos, pues algunos cajones que se han abierto, han resultado mojados.

Aquí nos encontramos con alguna dificultad para la circulación de la moneda acuñada en los Llanos; además, ha aparecido otra, cuya circulación estaba prohibida por el gobierno español, y que la conocen con el nombre de lanza; es sumamente mala; yo quisiera que V. E. diese un decreto sobre este particular, porque todos los días ocurren dificultades que nadie se atreve a allanar.

Dios etc. — Socha, a las siete de la noche del 24 de julio de 1819.

Memorias cit. — pág. 419. CARLOS SOUBLETTE.

VI.

Carácter de Rook - Un almuerzo de Bolívar.

El Coronel Rook, que mandaba una brigada de la división de Anzoátegui, era de un carácter diametralmente opuesto al de su jefe. Contento con todos y con todo, y en especial consigo mismo, parecía menos que indiferente, complacido con la vida que llevaba. Para él el clima de Apure era suave y saludable y superior a cualquiera otro, hasta que entró al territorio de la Nueva Granada, cuyo clima, por supuesto según él, no tenía rival en el mundo. Nunca había pasado mejor vida, decía, que durante la campaña de Arauca; los soldados de su brigada eran los mejores del mundo hasta que alguno de ellos moría, que entonces, lejos de quejarse de la muerte, se consolaba diciendo que la merecían. Si alguna vez llegó a disgustarse con alguna cosa, era más bien por coincidir con

su General, quien para no dejar de quejarse decía que Rook era demasiado bueno. La única disputa que tuvo en el curso de la campaña, ocurrió en Pore con el médico mayor del ejército, doctor Foley, compatriota suyo. Versaba el asunto en discusión sobre cuál era la mejor de las dos capitales, la de Nueva Granada o la de Venezuela. Rook sostenía la superioridad de la última y Foley daba a la primera la preferencia. Se dijeron palabras acaloradas, y hubiérase sometido el caso a las armas, si no se hubiesen interpuesto otros haciéndoles notar lo absurdo de la disputa sobre un asunto que ninguno de ellos conocía, puesto que ni habían visto las ciudades en cuestión, ni siquiera oído ni leído una descripción exacta de cualquiera de las dos. El apacible Rook conoció fácilmente la exactitud de la observación, y amistóse en el acto con su contrincante.

En una de las batallas subsecuentes recibió Rook una herida grave. Bañado en sangre, al ver pasar junto a él a un oficial de estado mayor le llamó para preguntarle si el Presidente estaba satisfecho de su conducta. El oficial, después de manifestarle los deseos que tenía de auxiliarlo y consolarle en tan aflictiva situación, le contestó que S. E. consideraba heróica su conducta. "Tiene mucha razón," repuso Rook suspirando; pero la misma habría sido su respuesta si el oficial le hubiese dicho lo contrario. Al siguiente día le amputaron el brazo, operación que sufrió con el buen humor de costumbre y haciendo reflexiones acerca de la perfección de la mano que iba a perder para siempre. Pocos días después rindió la vida. *Memorias* cit. — vol. I — pág. 555.

El 22 se reunió al ejército el cuerpo que mandaba el coronel Rook. Este jefe, que en medio de todas las privaciones y sinsabores de la marcha no había hallado nada que censurar, ni se le había oído una sola queja, no tuvo ahora, cosa rara, ni una palabra con que expresar su contento, teniendo a la vista tanto que debía excitar su admiración. Al presentarse al Presidente, le encontró sentado en un baúl con su almuerzo por delante, compuesto de carne asada, pan y chocolate sobre un rústico banco de madera. Apresuróse Rook a felicitar a S. E. por el feliz cambio y notable mejora que presentaba el ejército desde que se habían separado. A todas las preguntas que le hizo el General Bolívar, dio las respuestas más satisfactorias y le aseguró que su Cuerpo nada había sufrido en el páramo. En esto estaba y comiendo con gran apetito al lado de S. E. que le había invitado a compartir con él su frugal desayuno, que de contado aseguraba Rook ser el manjar más apetitoso que hubiese probado en su vida; en esto estaba, digo, cuando se presentó el general Anzoátegui cariacontecido y de mal humor. — "¿Qué novedad hay, Anzoátegui?", preguntó Bolívar. —"Cómo, que si la hay", contestó aquél, y en seguida inquirió si S. E. tenía noticia del estado en que había llegado el Cuerpo de dragones de Rook. "Sí que la tengo, pues su Coronel acaba de darme los más favorables informes, diciéndome que no ha tenido pérdida ninguna en el páramo." Siguióse entonces una explicación, de la cual resultó que una cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales habían perecido durante la marcha. "No lo niego, exclamó Rook; pero también es cierto que merecían su suerte, pues esos hombres eran de los de peor conducta en mi Cuerpo, y éste ha ganado con su muerte." La conformidad del jefe inglés hizo sonreír al Presidente, mas no así al sempiterno regañón de Anzoátegui. *Memorias* cit., vol. I. — pág. 569.

VII.

Batalla del Pantano de Vargas.

BOLETIN DEL EJERCITO LIBERTADOR DE LA NUEVA GRANADA, DEL DIA 25 DE JULIO DE 1819.

Luégo que se reunieron algunas columnas que no habian concurrido a la jornada de Gámeza, se dirigió el ejército al Departamento de Santa Rosa, con el objeto de poseer este fértil territorio y dominar el valle de Sogamoso, en donde estaba establecido el enemigo. Este movimiento le obligó a abandonar su posición de la Peña de Tópaga, y se retiró a los Molinos de Bonza, a inmediaciones de la ciudad de Tunja. El 20 se presentó el ejército al frente de las posiciones enemigas. — Su

situación era ventajosa por los parapetos y fosos que las paredes y barrancos les proporcionaban. Todos cuantos movimientos se hicieron para obligar al enemigo a salir de sus posiciones y dar una batalla, no tuvieron otro resultado que batir siempre las guerrillas enemigas que nos venian al encuentro.

A las cinco de la mañana del dia dos, marchó el ejército por el camino del Salitre de Paipa, con el objeto de atacar al enemigo por su espalda o forzarlo abandonar sus parapetos. A las diez del dia acabó de pasar el ejército el rio de Sogamoso; y a las doce encontró con el enemigo que se habia movido sobre nosotros.

Las circunstancias nos obligaron a tomar una posición notablemente desventajosa, y fuimos atacados con denuedo por todo el ejército español de la Nueva Granada. El batallón 1º del Rey, con otras compañias del 2º, se dirigió por nuestra izquierda a ocupar las alturas que nos dominaban, y se le opusieron los dos batallones de vanguardia: luégo movió el enemigo por nuestro frente los batallones 2º y 3º de Numancia, los restos del Tambo y el regimiento de Dragones de Granada, y fueron atacados por una columna de retaguardia, a cuya cabeza estaban unas compañias de la Legión Británica, y cargó con tanta intrepidez sobre el enemigo, que al momento fue batido y dispersado. Por una reacción vigorosa que hizo, empeñó el combate de nuevo con desesperación: se apoderó de las alturas, y nuestro ejército, casi envuelto, sufria un fuego horroroso por todas partes. Otras tropas que no hubieran sido las de la República, habrían dejado escapar una victoria tan brillante como la que han obtenido. Una columna de caballería, llevando a su frente al bizarro comandante Rondón, ha destruído una parte de la infantería enemiga, a tiempo que la nuestra hacia otro tanto en las alturas de nuetra espalda, y otra parte de la caballeria conducida por el Teniente Carbajal, cargaba sobre la del enemigo por el camino principal.

El ejercito español fue desalojado de todos los puntos que ocupaba, y si su destrucción no fue total, lo debió sólo a la aproximación de la noche y a la buena posición a que se acogió el resto de su caballería. El combate duró hasta la noche, sostenido con una tenacidad y con un encarnizamiento de que no hay idea. El enemigo perdió, en muertos y heridos, 500 hombres de sus mejores tropas, y dejó en nuestro poder multitud de prisioneros, fusiles, lanzas, cajones de municiones, cajas de guerra, cornetas y dos estandartes del Regimiento de Dragones de Granada, sin que podamos calcular el número cierto de sus dispersos.

Nuestra pérdida ha consistido en 104 hombres, entre muertos y heridos. En la división de vanguardia, el Teniente de Cazadores Mateo Franco, muerto; el Ayudante de Cazadores Pedro Torneros, y los Subtenientes Manuel Linares y Manuel Lara, y el Capitán Encarnación Ruiz, de caballería, heridos. En la división de retaguardia, el Coronel Justo Briceño, el Teniente Coronel Arturo Sandes, el Capitán Manuel Terrón, el Ayudante Mayor Manuel Crespo, el Teniente Vicente Velandia, y los Subtenientes Nonato Freytes, Pantaleón Ortiz y Juan Silva de infantería, heridos. — El Teniente Coronel José Jiménez, Capitanes Ramón García y Manuel Orta, muertos; y el Teniente Manuel Delgadillo, el de igual clase José Rico, y el Alférez Melitón Escalona, heridos en la caballería; y en la Legión Británica, el Teniente Casely, muerto, y el Coronel Jaime Rook y el Subteniente Mac Munup, heridos. — Y el Capitán Daniel Florencio O'Leary, adjunto al Estado Mayor de la división de retaguardia, herido.

Todos los cuerpos del ejército se han distinguido, pero merece una mención particular la conducta del Comandante Rondón y del Teniente Carbajal, y la de las compañias Británicas, a las que S. E. el Presidente de la República, sin embargo de ser la primera vez que combaten bajo nuestras banderas, les ha concedido la Estrella de Libertadores, en premio de su constancia y de su valor.

Somos dueños de toda la provincia de Tunja, a excepción de la capital; y las del Socorro y Pamplona están enteramente libres, y el resto del país en insurrección. Los pueblos de la Nueva Granada han recibido al ejército libertador con el más extraordinario entusiasmo. Todos se presentan determinados a ser libres, y nada falta al ejército, rodeado de pueblos tan patriotas y tan decididos.

Cuartel General en las alturas de Vargas.
El Ayudante General encargado del Estado Mayor General,

M. MANRIQUE.

Memorias cit. — pág. 421.

VIII.

Muerte de Rook - Una reminiscencia de Rondón.

En esta batalla (Pantano de Vargas), el valiente Coronel Rook, que mandaba la *Legión Albión*, recibió un balazo en el codo del brazo izquierdo, que le rompió la articulación, desflorándole el hueso. El cirujano mayor no pudo hacerle la amputación sino hasta el día siguiente, a la que se prestó gustoso con un valor poco común; entregó el brazo con serenidad, se le aplicó el torniquete, se le cortó la carne, se le cabecearon las arterias y tres segundos después el cirujano le había cortado el hueso. Al desprenderse la parte inferior del brazo que le acababan de cortar, el Coronel Rook, con la mayor impavidez, lo tomó con la mano derecha por la muñeca, se puso de pie antes de que le cauterizaran el hueso, y levantándolo arriba de la cabeza, exclamó: « ¡Viva la Patria! ». Este valiente inglés murió a los tres días.

El Libertador hizo imprimir en un periódico estos conceptos: « El Coronel Rook, dejando la cuna de la gloria, vino a encontrar su tumba combatiendo por la libertad americana. El día feliz que la República cuente ya por suyo, no se olvidará la memoria del bravo Coronel Rook ».

MANUEL A. LOPEZ — *Recuerdos históricos*, pág. 11.

Estando yo retratando al General Rondón, él me divertía refiriéndome algo de sus campañas. ¿Qué le parece a usted?, me dijo un día: Habiéndose acampado el General Barreiro, español, al frente del Pantano de Vargas, se acercaron a nuestro campo dos húsares de Fernando VII, seguramente con ánimo de desafiar a dos de los nuestros. Venían en magníficos caballos y muy bien uniformados, con una chaqueta verde guarnecida de pieles, colgada sobre el hombro izquierdo; tenían espada, carabina, un par de pistolas, cantimplora etc. Nosotros estábamos viéndolos hacer morisquetas, cuando se me presentó un zambito de la caballería de bajo Apure, y me dijo: 'Mi generá, me da permiso de epantá aquello dos goos?' — Y tú solo? — 'Sí señó,' me contestó el zambito, que estaba medio desnudo, con su lanza, montado en pelo en un caballito que manejaba con una *jetera*. Se precipitó sobre los dos españoles, y cuando se acercó le hicieron tiros de pistola y carabina; pero por fortuna, no fue grave la herida hecha al caballo; entonces lanceó a uno de los dos godos y el otro salió corriendo, y la cantimplora volaba por la precipitación con que iba; pero no obstante esta ligereza, fue alcanzado por el nuestro y corrió la misma suerte del primero. El zambo fue aplaudido por todo nuestro campo, a donde volvió con un caballo de cabestro, y yo le dije '¡Te has lucido!', a lo que me contestó: 'Eso no es náa mi generá.' José María Espinosa — *Memorias de un abanderado*, pág. 269.

IX.

Ocupación de Tunja.

BOLETIN DEL EJERCITO LIBERTADOR DE LA NUEVA GRANADA.

Volvió el enemigo al pueblo de Paipa, después del suceso de las alturas de Vargas, y el ejército ocupó nuevamente su posición de los Corrales de Bonza. El día tres, S. E. con el objeto de reconocer la posición y fuerza del enemigo, ordenó un movimiento con todas las tropas sobre sus puestos avanzados.

Nuestra descubierta de caballería arrolló completamente la que el enemigo, en número de 100 hombres, tenía situada en los Molinos de Bonza.

El ejército español evacuó precipitadamente la población, y tomó posición en una altura que está en la confluencia de los caminos de Tunja y el Socorro. Continuamos la marcha hasta el mismo pueblo, y por la noche pasamos el puente de Paipa y acampamos en la orilla derecha del río Sogamoso.

El día cuatro permanecieron los dos cuerpos en sus respectivos campos, sin que el enemigo intentase el menor movimiento. Por la tarde, toda nuestra infantería repasó el puente y a las ocho de la noche contramarchó, y el ejército se dirigió a la ciudad de Tunja por el camino de Toca, dejando el enemigo a la espalda.

A las nueve de la mañana del cinco entró en el pueblo de Cibatá, habiendo marchado seis leguas, y a las once S. E. con la caballería ocupó la ciudad (Tunja), haciendo prisionera su guarnición, y no cayó en nuestro poder el Gobernador de la provincia, D. Juan Loño, con el tercer batallón de *Numancia,* porque aquella madrugada había marchado a incorporarse al ejército, conduciendo tres piezas de artillería. A las dos de la tarde se reunieron todas las tropas en Tunja. El enemigo, que no pudo observar nuestro movimiento hasta el amanecer del cinco, se puso en marcha sobre la ciudad por el camino principal de Paipa; y en el llano de la Paja hizo alto, a las cinco de la tarde, a la vista de un destacamento de dragones, que, después de la ocupación de la ciudad, se destinó a observarlo.

A las ocho de la noche continuó el enemigo su movimiento por el páramo de Cómbita, y el seis a las nueve de la mañana entró en el pueblo de Motabita, legua y media de Tunja.

Nuestros dragones marcharon toda la noche, molestando su retaguardia, y le hicieron multitud de prisioneros.

La ocupación de esta ciudad ha puesto en nuestro poder más de 600 fusiles, un almacén de vestuarios y paños, los hospitales, botiquines, maestranza y cuanto poseía el enemigo.

El ejército ha reemplazado sus bajas y se ha repuesto de sus fatigas, ha aumentado su entusiasmo con el de los habitantes de esta ciudad que lo recibieron con un júbilo inexplicable, y sin embargo de que el enemigo ha reunido algunos cuerpos de infantería después de la batalla del Pantano de Vargas, estamos casi ciertos de la victoria.

Cuartel General en Jefe. — Tunja, 6 de agosto de 1819 — 9°.

El General Jefe del Estado Mayor General,

Memorias cit. — pág. 426.

CARLOS SOUBLETTE.

X.

Batalla de Boyacá.

BOLETIN DEL EJERCITO LIBERTADOR DE NUEVA GRANADA.

Al amanecer del día de ayer dieron parte los cuerpos avanzados de que el enemigo estaba en marcha por el camino de Samacá; el ejército se puso sobre las armas, y luego que se reconoció que la intención del enemigo era pasar el Puente de Boyacá para abrir sus comunicaciones directas y ponerse en contacto con la capital, marchó por el camino principal para impedírselo, o forzarlo a admitir la batalla.

A las dos de la tarde la primera división enemiga llegaba al puente cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que no había podido aún descubrir nuestras fuerzas, y que creyó que lo que se le oponía era un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus cazadores para alejarlo del camino, mientras que el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras divisiones aceleraron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columnas sobre una altura que dominaba su posición. La vanguardia enemiga había subido una parte del camino persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en el bajo, a un cuarto de legua del puente, y presentaba una fuerza de 3.000 hombres.

El batallón Cazadores *de nuestra vanguardia desplegó una compañía en guerrilla, y con las demás en columna atacó a los Cazadores enemigos, y los obligó a retirarse precipitadamente hasta un paredón, de donde fueron también desalojados; pasaron el puente y tomaron posiciones del otro lado; entretanto, nuestra infantería descendía y la caballería marchaba por el camino.*

El enemigo intentó un movimiento por su derecha y se le opusieron los Rifles *y una compañía inglesa. Los batallones 1° de* Barcelona *y* Bravos de Páez, *con el escuadrón de caballería del* Llano-arriba, *marcharon por el centro. El batallón de línea de* Nueva Granada *y los* Guías *de retaguardia se reunieron al batallón de* Cazadores *y formaban la izquierda. La columna de* Tunja *y la del* Socorro *quedaron en reserva.*

En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El Señor General Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y de la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada, y lo obligó a retirarse al cuerpo del ejército, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardó el ataque. Las tropas del centro, despreciando los fuegos que hacían algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hacía un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos. El escuadrón de caballería del Llano-arriba *cargó con su acostumbrado valor, y desde aquel momento todos los esfuerzos del General español fueron infructuosos: perdió su posición. La compañía de* Granaderos a caballo *(toda de españoles) fue la primera que cobardemente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fue inmediatamente destruida. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó la nuestra con las lanzas caladas, y fue despedazado a lanzasos; y todo el ejército español en completa derrota y cercado por todas partes después de sufrir una grande mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el señor General Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que sólo le había opuesto sus* Cazadores, *cargó con unas compañías del batallón de línea y los* Guías *de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.*

Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el General Barreiro, Comandante General del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 1° de Rifles, *Pedro Martínez; fue prisionero su segundo, el Coronel Jiménez, casi todos los Comandantes y Mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1600 soldados; todo su armamento, municiones, artillería, caballería etc.; apenas se han salvado 50 hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería que huyeron antes de decidirse la acción.*

El General Santander con la vanguardia y los Guías *de retaguardia, siguió en el mismo acto en persecución de los dispersos, hasta este sitio; y el General Anzoátegui con el resto del ejército permaneció toda la noche en el mismo campo.*

No son calculables las ventajas que ha conseguido la República con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.

Nada es comparable a la intrepidez con que el señor General Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El señor General Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones Bravos de Páez *y* 1° de Barcelona *y el escuadrón del* Llano-arriba *combatieron con un valor asombroso. Las columnas de* Tunja *y el* Socorro *se reunieron a la derecha al decidirse la batalla. En suma, S. E. ha quedado altamente satisfecho de la conducta de todos los jefes, oficiales y soldados del ejército libertador en esta memorable jornada.*

Nuestra pérdida ha consistido en 13 muertos y 53 heridos; entre los primeros, el Teniente de caballería N. Pérez y el R. P. Fr. Miguel Díaz, Capellán de vanguardia; y entre los segundos, el Sargento mayor José Rafael de Las Héras, el Capitán Johnson y el Teniente Rivero.

Cuartel General en Jefe en Ventaquemada, a 8 de agosto de 1819. — 9.°

El General Jefe, CARLOS SOUBLETTE.

SIMON BOLIVAR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, ETC., ETC., ETC.

Deseando perpetuar la memoria de la gloriosa jornada de ayer, y recompensar los bravos cuerpos del ejército, que con su valor y disciplina dieron tan brillante honor a las armas de la República, mientras el Congreso general resuelve los trofeos o monumentos que deben erigirse con este fin, he tenido a bien decretar y decreto lo siguiente:

Art. 1.° Los Batallones 1° de *Cazadores* y 1° de *Línea* de Nueva Granada

los de Venezuela, *Rifles, Barcelona, Bravos de Páez* y el de *Rifles* ingleses, y los escuadrones *Lanceros* de Llano-arriba, *Guías* de Casanare y Apure, y el de *Dragones*, llevarán por trofeo en sus banderas y estandartes esta inscripción: «BOYACA», en la parte superior del centro que ocupan el nombre del batallón o escuadrón.

Publíquese, comuníquese a quienes corresponda e insértese en la orden general del ejército, para su cumplimiento.

Dado en Ventaquemada, a 8 de agosto de 1819. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 430.

XI.

Barreiro prisionero.

Reunida la Asamblea Legislativa de Boyacá, aprobó la siguiente resolución en 1879:

Existiendo en el Distrito de Cerinza el soldado de la Independencia Pedro P. Martínez, y teniendo en cuenta que él fue el valiente y afortunado que tomó prisionero, en la acción de Boyacá, al Brigadier Barreiro, la Asamblea, en nombre del pueblo, se hace un deber de consagrar en el acta de este día un voto de gratitud a este prócer, reliquia de aquellos bravos que dieron libertad a cinco naciones.

La Comisión de beneficencia y recompensas presentará, dentro de tres días, un proyecto de ley, en el cual se le asigne una pensión mensual de los fondos comunes del Estado, y cuyo pago se le hará a Pedro P. Martínez, de preferencia a cualquier otro gasto, y dígase al Poder Ejecutivo nacional que esta Corporación vería con suma complacencia que el Congreso, en sus próximas sesiones, conceda una recompensa a este veterano que ha envejecido en el olvido y la miseria.

Sres. Dres. José M. Quijano O. y José Segundo Peña.

Su casa en Bogotá, 7 de abril de 1880.

'Con mucho gusto contesto la carta de ustedes, que precede, diciéndoles: que es cierto que en el copiador de órdenes de 1819, que original conservo en mi poder, que en la página 8ª vuelta se lee lo que a la letra copio:

'Ordenar a la Dirección general para que disponga se le dén cien pesos al soldado Pedro P. Martínez, como gratificación por haber aprehendido (en Boyacá) al General Barreiro'. Esta orden es de puño y letra del Libertador, y tiene fecha 31 de agosto de 1819.

Soy de ustedes afectísimo, seguro servidor,

Anselmo Pineda.

Ocupaban asiento en el Senado en 1880 los distinguidos abogados Dres. Francisco J. Zaldúa y Francisco E. Alvarez, y deseándo cerciorarse de la manera como Martínez relatara el suceso, y sabiendo que a la sazón se encontraba presente en Bogotá, lo hicieron llamar a la Secretaría del Senado, y allí, en presencia de varios caballeros, le hicieron considerable número de preguntas, a las cuales contestó con sencillez y claridad a las *verdaderas posiciones* que le hicieron absolver aquellos dos abogados, y réfiere el Sr. Narciso Ortega, Archivero del Congreso, que habiéndole señalado varios retratos que había en el salón, al descubrir el del Libertador dijo, saliendo de su apatía: *este es mi General Bolívar*, y fue tal la emoción del veterano, que los dos abogados Senadores, hombres de pocas sensaciones, se enternecieron, y con marcada muestra de profundo respeto se inclinaron ante él, reconociéndole su puesto entre los veteranos de Boyacá.....

Martínez en 1819, era ordenanza del gran Bolívar, y estaba especialmente encargado de sus caballos de batalla. Decidida ya la de Boyacá, estaba anocheciendo, cuando notaron Martínez y el otro ordenanza, el negro José, a dos españoles, ocultos en unos barrancos cerca del río. Armados, se dirigieron a ellos, el negro José con un fusil y Martínez con una lanza; y como los oficiales españoles intentaron defenderse con sus espadas, el uno fue muerto por José, com-

panero de Martínez, y éste acosó al otro, quien pudo escapar de sus terribles lanzadas, gracias a la coraza con que resguardaba su pecho; pero fue ligeramente herido en la garganta.

Viéndose ya perdido, ofreció en cambio de su libertad a su aprehensor la faja de onzas que tenía al cinto, que el ordenanza apenas conocía, pero cuyo valor no alcanzó a deslumbrarlo. Díjole: *yo soy el General Barreiro, tóma y suéltame. Siga adelante* (ordenó Martínez), *si no lo arreamos,* agregó enristrándole de nuevo la lanza.

Un momento después, al llegar a la casa de teja, que todavía no podía llamarse cuartel general, porque la victoria de los unos y la derrota de los otros hacía de aquel campo algo como inexplicable, se presentaron Martínez y el negro José al Libertador, quien los recibió severamente, diciéndoles: *¿Por qué no estaban aquí a recibir el Muchacho?;* ¿en dónde, qué estaban haciendo? (*Muchacho* se llamaba el caballo negro goajiro que el Libertador montaba en aquel día). *Mi General, coger a su traído, un güen prisionero,* contestó Martínez, presentándolo.

Los dos Generales se miraron de hito en hito.

¿Quién es usted?, preguntó Bolívar con la celeridad del rayo (Bolívar no había visto personalmente antes a Barreiro).

(Antes de contestar le miró a los ojos, como es costumbre entre caballeros castellanos, y será una de las razones que tenemos para llamarnos y ser sus herederos: no bajar la vista cuando estamos en desgracia). *Yo soy el General Barreiro,* le dijo con dignidad.

Estaba presente Salvador Salcedo — que fue el primer soldado de la caballería colombiana que pasó el puente en persecución del enemigo, y por lo cual el Libertador lo hizo Capitán sobre el campo de batalla — y exaltado todavía con el furor del combate, quiso alancear a Barreiro; pero Bolívar lo impidió con un grito y dio orden para que se le colocara a la cabeza de dos mil y tantos prisioneros, añadiendo que fuera tratado con especial consideración y después de hacerle un saludo militar.

Cuando esto hubo pasado, volviendo Bolívar a su ordenanza, díjole: *Muy bien, Sargento Martínez, tendrá usted cien pesos de gratificación.*

Boletín de Historia y Antigüedades — Número 12 — Agosto: 1903.

XII.

Turbación, terror y gozo en la capital - Fuga de Sámano - Varios episodios - Llegada de Bolívar.

Los habitantes de esta ciudad estaban muy lejos de pensar en el triunfo de Bolívar. Los españoles y americanos realistas confiaban tanto en el ejército de Barreiro, que cada día esperaban la noticia de su triunfo. De los patriotas, unos pocos sabían el estado de las cosas; pero siempre desconfiaban del éxito de su causa, atendido el buen pie en que estaba el ejército realista. Los demás, en lo general, no sabían sino lo que los españoles contaban y la Gaceta publicaba, que siempre eran ventajas y triunfos sobre los insurgentes, a quienes pintaban de la manera más triste y desventajosa. Barreiro había dado parte de la batalla de Vargas, contándola como un triunfo espléndido, en que el ejército de Bolívar había quedado en tal estado, que no se necesitaba sino de otro encuentro para cogerlo prisionero. El temor que todos habían cobrado desde el suceso de la Pola era tál, que nadie se atrevía a preguntar ni a decir cosa alguna que tuviera relación con la guerra; todos, tristes y abatidos con la noticia de Vargas, habían perdido las últimas esperanzas; parecía que el mal ya no tenía remedio.

Esta era la situación del 8 de agosto, cuando a las diez de la noche entran volando el Coronel Manuel Martínez de Aparicio y el Comisario don Juan Barrera, escapados de Boyacá, se desmontan en el palacio y Aparicio dice a Sámano que todo es perdido; que el ejército ha sido completamente derrotado y hecho prisionero con casi todos los jefes y oficiales; que Bolívar viene volando sobre Santa Fe, sin que haya quién lo detenga. Sámano era hombre de mal humor y medio decrépito; se incomodaba terriblemente con los que le decían algo que

le disgustara, y así contestó a Aparicio con un regaño, diciéndole que eso no podía ser; que Bolívar era un cobarde para derrotar a Barreiro. Aparicio, que sabía cómo estaban las cosas, que la autoridad de Sámano era de pocas horas y que los momentos eran preciosos para escapar con el bulto, le contestó que si quería creer lo que le decía, lo creyera, y que si no, Bolívar le daría la noticia al día siguiente, cuando lo tuviera en Santa Fe; que él no quería que lo cogieran aquí, ya que había escapado de Boyacá. Entonces Sámano les hizo rendir declaración jurada sobre lo que decían, pues Barrera aseguraba lo mismo.

Aparicio fue a dar aviso a su amigo íntimo el canónigo don Plácido Hernández Domínguez, que estaba recién venido de Santa Marta, promovido al coro metropolitano, quien comunicó la fatal nueva a sus amigos León y Barco, y éstos la dieron a otros, y fue del modo como se divulgó, porque Sámano, en lugar de reunir el Real Acuerdo para providenciar en aquellas circunstancias, no pensando más que en salvar su persona, lo que hizo fue comunicar la noticia en reserva a uno de los Oidores, su particular amigo, para que se salvase con sus intereses.

Era preciso haber estado en Santa Fe aquella noche y la madrugada del día siguiente, para formarse una idea de lo que se llama turbación, terror, trastorno. *El que esto escribe lo presenció*, porque, con motivo de vivir en casa de uno de sus inmediatos parientes, el hermano de Aparicio, la familia se impuso de todo lo acontecido desde que éste salió de donde el Virrey a dar aviso a los suyos. Veíanse cruzar los bultos de una parte a otra, silenciosos y andando a la ligera; grupos aquí y allí que hablaban paso y se disolvían prontamente. Los jefes militares aprestaban con tánto afán como silencio la tropa en los cuarteles; todo era movimiento y silencio. A las dos de la mañana ya se sentía ruido; en la plaza se estaban matando reses traídas de los potreros inmediatos para racionar la tropa.

Cuando aclaraba el día, el camino de la Sabana se veía cubierto de emigrados que marchaban, unos para Honda y otros para el Sur; unos a caballo y los más a pie. El Virrey salió entre una guardia de caballería, disfrazado con una ruana verde y sombrero grande de hule colorado. Los Ministros de la Real Audiencia no todos tuvieron caballo en qué salir. El Oidor Vallecillas y los Fiscales Miota y Lupetedi tuvieron que marchar a pie. El Virrey los alcanzó antes de llegar a Fontibón, y aunque pasó por junto de ellos, no tuvo el comedimiento de hacer desmontar sus soldados para darles caballos. En Facatativá se detuvo unos momentos mientras tomaba un pocillo de chocolate, y decía a los soldados que estuvieran en observación a ver si venían por ahí *esos cobardes*.

En la turbación de que fueron sobrecogidos los españoles, muchos de ellos dejaron sus casas abandonadas y los almacenes de algunos ricos comerciantes abiertos, por haber ido a tomar algunas onzas, sin detenerse a cerrar la puerta, porque creían que de cualquier momento perdido podía depender su vida. El aturdimiento se apoderó de las cabezas en tales términos, que español hubo que por coger una mochila de dinero que había puesto sobre la baranda de un balcón donde tenía un gallo, tomó éste en lugar de la mochila y no advirtió en lo que llevaba hasta la salida de la ciudad, en que juntándose con otros, le preguntaron para qué llevaba ese gallo. Varios buenos españoles, viejos y achacosos, salieron a medio vestir envueltos en su capa, y así fueron a dar a pie hasta donde pudieron encontrar bestia, y hubo quienes fueran así hasta Honda, uno de ellos el comerciante don Andrés de Urquinaona, español anciano, que a nadie había hecho daño, el cual murió al llegar a aquella villa, ahogado con la fatiga del camino en aquel ardiente clima. Murió también en ese lugar y en el mismo día el Arcediano Barco, y en el mismo sitio donde poco tiempo antes le habían remachado los grillos al Arcediano Pey.

A las seis de la mañana la ciudad de Santa Fe estaba sola y silenciosa, porque todos los realistas habían salido, y los patriotas, encerrados en sus casas, aunque llenos de contento, no se atrevían ni a asomarse a las ventanas ni a abrir las puertas de la casa, porque en tamaña novedad aún no conocían la situación. Calzada y don Basilio García, comandante de la guarnición, marcharon con ésta para Popayán, seguidos de una parte de la emigración. Calzada dispuso

que se pusiese fuego al almacén de la pólvora luégo que salieran de la ciudad, lo que se verificó a las siete de la mañana, produciendo un estallido aterrador en aquellas circunstancias para la población, que temiéndolo todo, sintió conmoverse los edificios y romperse las vidrieras de las ventanas, sin saber lo que aquello sería. La gran fortuna de la población consistió en que el fuego no pudo comunicarse a todo el combustible que estaba almacenado y en estar el depósito de la pólvora a un cuarto de legua fuera de la ciudad, hacia el Sur.

Calzada, en su marcha, se llevó algunos de los presos que tenían en la cárcel, y otros se fugaron de ella a favor del desorden. El Virrey dejó abandonada la Secretaría con la correspondencia oficial y sus archivos; lo mismo que la Tesorería y Casa de Moneda, donde quedaron más de seiscientos mil pesos en oro y plata, correspondientes al fisco.

La ciudad, sin autoridad de ninguna especie y sin guarnición alguna, estaba expuesta a las depredaciones de los facinerosos que quisieran adueñarse de ella, o a las de las partidas de los derrotados de Boyacá, que podrían venir sin jefes que las contuviesen. Esto era lo más probable y lo más temible, y esto fue lo que evitó el Coronel Francisco Javier González (álias Gonzalón), antiguo jefe de las milicias de Santa Fe, que había escapado del banquillo haciéndose tonto en el Consejo de Guerra de Morillo y aflojando plata.

En medio del estupor en que las gentes estaban con el movimiento de la emigración, el viejo Coronel González se dirigió en esa mañana a la casa del doctor Miguel Tovar, a consultarle sobre si le estaría mejor quedarse en la ciudad o irse a una estancia que tenía por la Calera. El doctor Tovar le hizo presente el estado en que estaba la ciudad, expuestos sus habitantes a los riesgos de la anarquía y a los desórdenes que podrían cometer los dispersos que vinieran del ejército de Barreiro, viendo la ciudad indefensa y sin autoridad alguna; y le aconsejó que juntase alguna gente, que la armase y proveyese a la seguridad pública; medida que nadie le había de improbar siendo en favor de todos. Así lo hizo el Coronel González y a pocas horas tuvo alguna gente reunida de sus antiguos milicianos, sobre quienes ejercía ascendiente. Los españoles habían abandonado el parque de artillería, como habían abandonado todo lo demás, y allí encontró González con qué armar patrullas y destacamentos.

Cuando las patrullas empezaron a recorrer la calle real, ya otras patrullas habían visitado los almacenes y casas que se hallaban abiertos y en abandono. Individuos hubo, y bien conocidos, que quedaron ricos en esta ocasión. En la entrada de San Diego, camino por donde debían venir los derrotados, puso el Coronel González un fuerte destacamento, con orden de detener a los que vinieran, y, si era posible, desarmarlos. No se necesitó de más para que ninguno de ellos entrara en la ciudad, porque cuantos venían por esa vía, al ver gente armada en aquel punto, tomaban por entre las malezas para salir al camino del Salitre en vía para Fontibón.

Esta era la situación de Santa Fe el día 9, y mientras tanto la vanguardia del ejército libertador llegaba al puente del Común, distante seis leguas de la capital. Allí supo el General Bolívar el desamparo de la ciudad con la fuga del Virrey y demás autoridades. Inmediatamente marchó para la capital sólo con sus ayudantes, a fin de salvar a sus habitantes de los males de la anarquía, y Santa Fe vio entrar a su Libertador el día diez de agosto a las 5 de la tarde.

Fue indecible el entusiasmo que se apoderó de todos los habitantes de la ciudad al ver al Libertador. El mismo júbilo hacía derramar lágrimas, y todos, hombres, mujeres, viejos y niños, corrían a abrazarlo, a echarse a sus pies sin saber cómo manifestar su reconocimiento. El Libertador, con aquella alma tan grande y con su habitual elocuencia, a todos contestaba, a todos atendía lleno de ternura y profundamente conmovido con aquellas demostraciones de amor y reconocimiento que explicaban muy bien los largos sufrimientos y profunda pena de que acababan de salir los espíritus, como por encanto.

En el momento que llegó el Libertador y se desmontó en el palacio del Virrey, se dispuso por los Regidores del Cabildo que habían quedado, se reuniese gente para formar un cuerpo de guardia que le diese seguridad, porque apenas

había traído en su compañía unas pocas personas, y se temía que de las tropa españolas que estaban en otros puntos al lado de Tunja y que no entraron en el combate de Boyacá, vinieran a dar sobre Santa Fe por el camino de Guasca y la Calera; y en efecto así sucedió, porque en esa misma noche apareció sobre el cerro de Monserrate, que domina la ciudad, el Teniente Coronel don Antonio Plá con trescientos hombres que tenía en el valle de Tenza. Mas estaban tan sobrecogidos los españoles con la derrota sufrida en Boyacá, que no se atrevió a bajar a la ciudad, como pudo haberlo hecho, y hasta haber cogido a Bolívar. El 11 empezó a entrar en Santa Fe el ejército libertador, y Plá, que lo observaba, no halló más recurso que buscar salida con su gente por los páramos, dirigiéndose otra vez hacia Guasca. Pero tan luego como los vecinos de este pueblo lo supieron y comprendieron su apurada situación y que la gente se le venía disparando, saliéronle al encuentro en varias guerrillas armadas con algunas lanzas, son palos y rejos de enlazar, lo que fue suficiente para coger al jefe español y a los oficiales con la gente que les quedaba y conducirlos presos a la cárcel de la ciudad. GROOT — *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada,* vol. IV — pág. 17.

Eran las siete de la mañana del 9 y me estaba levantando de la cama, cuando una formidable detonación conmovió la casa hasta sus cimientos. Era la explosión del parque que estaba en el Aserrío, media legua al sur de la ciudad. El motivo de ella, como todos saben, fue la derrota de los españoles.

Apenas había pasado cuando se presentó Maza (Hermógenes) en mi habitación, instándome para que saliéramos. Me parece que lo veo con su capote de bayetón de color carmelito, su cantimplora terciada y un fusil al hombro, y en compañía de un tal Temes, cartagenero, hombre de su escuela y de su mismo temple. Como yo le tenía más miedo a Maza que a los godos, no quise replicarle, y diciéndole que me aguardase un momento, fuí a buscar a mi hermano Eugenio para que saliese conmigo. "No necesitan armas, dijo Maza, porque vamos a tomarlas al cuartel de caballería."

¡Qué aspecto el que presentaba la ciudad! Las calles estaban desiertas; partidas de soldados de caballería las recorrían, sin orden ni concierto; oficiales afanosos y turbados daban órdenes aquí y allí; toques de cornetas y tambores por dondequiera; el patriota D. Francisco González recorría deprisa las calles principales con un muchacho que tocaba generala, cosa de que nadie hacía caso, porque los realistas huían o se ocultaban y los patriotas no se atrevían a salir por temor de las violencias y venganzas a que podían entregarse los españoles en aquellos últimos momentos. Fuera de unas pocas personas que solían atravesarse de una parte a otra despavoridas o conduciendo algunos objetos como de equipaje, sólo nosotros andábamos por entre los españoles que nada se atrevían a decirnos, ni aún nos miraban: estos eran los últimos restos de la guarnición que había quedado en la ciudad y que se preparaban a salir también ..

Al día siguiente fuimos a la quinta de "La Floresta," conseguimos allí tres buenos caballos, de los cuales reservamos uno para el amigo Maza. Llegamos a su casa; ya salía con su fusil; pero al vernos dijo: "Largaremos el fusil y tomaremos la lanza."

Apenas habíamos andado dos leguas, cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de un mágnifico caballo cerbuno; todo fue divisarlo Maza y exclamar: "¡Allí viene un jefe godo de los derrotados!"; y diciendo esto, picó espuelas al suyo, y cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia, gritó: "¡Alto ahí! ¡quién vive!" El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante; entonces Maza enristró su lanza y, acercándose más, gritó lo mismo; pero el jefe, pasando de largo por cerca de Maza, le dijo con un tono de tanta dignidad como desprecio: "No sea p...!"

En aquel instante reconocieron Maza y mi hermano al General Bolívar si Maza hubiera llevado ese día arma de fuego, le habría tirado desde lejos al Libertador, (sin conocerlo), el cual, habiendo tenido noticia en el puente del Común, de que Sámano había emigrado con toda su gente y de que la ciudad estaba enteramente abandonada, voló a ella, dejando su escolta, sus edecanes y demás per-

sonas que le acompañaban, las cuales se quedaron muy atrás, y él venía perfectamente solo. Seguimos con él hasta la plaza de la catedral. La noticia de su repentina llegada llenó de extraordinario júbilo a toda la población. Llegaban algunos sujetos a caballo, y todos le instaban para que fuese al palacio, pero él rechazó; sin duda aguardaba a que llegasen los que venían atrás para darles allí mismo las órdenes del caso. En efecto, a poco rato llegó el coronel Justo Briceño, de una traza lo más rara, con los calzones hechos pedazos y una chaqueta corta que parecía haber sido en otro tiempo colorada; bien que Bolívar no estaba más elegante: el uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos, y lo mismo venían todos los oficiales y tropa, porque los españoles no habían dejado en las poblaciones del norte, telas ni ropa de ninguna clase (un sujeto salió a la calle real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarle a Bolívar). Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa.

En seguida llegaron el Coronel Infante y la caballería apureña, en caballos cansados, y ocuparon las cuatro esquinas de la plaza. Después se nos acercaron y dijeron: "Señores, pie a tierra, que necesitamos sus caballos para seguir a Honda en persecución de los enemigos." Nos apeamos, entregamos los caballos, ellos los desensillaron y les pusieron sus fustes llaneros, y montaron. Yo me volví para mi casa con la galápaga cargada a las espaldas, ya como a las seis de la tarde.

José María Espinosa — *Memorias de un abanderado,* pág. 245.

10 de agosto de 1819.

¡Jamás gozo fue más vivo! Todos los ciudadanos que hasta esa hora no habían salido de sus casas temiendo el desorden, volaron a la plaza; los que habían emigrado a los cerros bajaron a la carrera; gritos, tiros al aire, voladores, cañonazos, repiques se oían por todas partes, y en las ventanas y balcones pusieron banderas tricolores y escarapelas. "¡Viva el Libertador! ¡viva el héroe de América!" gritaba el pueblo embriagado. Cuando llegó Bolívar a la plaza, algunos ciudadanos, llorando de alegría, ponían la última mano a los arcos de triunfo que habían levantado a toda prisa. ¡No, no creo que jamás en mi vida tendré un día de gozo como este!

Las señoras Genoveva Ricaurte y Dolores Vargas, que estaban en el Cabildo, fueron las primeras que abrazaron a Bolívar. Era tál el loco entusiasmo de los que le rodeaban, que yo llegué a temer por sus días en las escaleras del Cabildo. Una vez arriba, Echeverría le hizo una corta pero enérgica arenga, a la cual Bolívar respondió: "*¡Yo os veo libres, y mi gloria ha llegado a su colmo! ¡No quiero diputaciones, arcos, nada, nada; me basta vuestra libertad!*". Sin embargo, no podía disimular la noble alegría que llenaba su corazón. Entonces recordé a Washington cuando entró a Filadelfia después de haber libertado el Norte; así Bolívar entró triunfante en Santafé.

¡Qué escenas tan diferentes las que presentaba la ciudad después de la madrugada de ayer! Entonces no se oía sino llanto y consternación. Los Oidores a pie llevaban de cabestro a las monturas de sus mujeres, que se lamentaban a voces exclamando: "¡El Virrey nos ha vendido!". Las gentes despertaban con los golpes en las puertas a los que dormían; los heridos, que habían bajado de Las Aguas, se arrastraban por las calles, suplicando a los godos que no los abandonasen, como en efecto lo hicieron..... Mientras que hoy no se oyen sino risas y grandes manifestaciones de contento.

El General fue a casa de doña Genoveva Ricaurte y recibió a los que se le presentaban. A mi tío lo recibió muy bien, y como le preguntase por el doctor Zea, le contestó Bolívar que lo había dejado en Guayana encargado del Gobierno, añadiendo que "un talento extraordinario no debía exponerse a los reveses de la guerra" Dijo también que Morillo quedaba en un rincón de Cumaná, como cosa despreciable, sin que pudiera rehacerse. Briceño es el Gobernador de Santa Fe.

Por la noche hubo música y baile en casa del General. Se publicaron dos

bandos en nombre de Echeverría: el uno para que corriera la moneda *china*, y el otro para recoger los bienes de los emigrados.

11 de agosto.

Hoy entró Santander y mañana llega la tropa. Toda la gente de la ciudad le hacemos la guardia al General Bolívar, que hace dos días se halla solo en Santa Fe en plena inseguridad, puesto que el ejército se ha quedado atrás.

12 de agosto.

Gonzalón está organizando las milicias y ya hay doscientos hombres armados.

Hoy empezaron a entrar las tropas libertadoras, de doscientos en trescientos hombres a la vez, con sus oficiales.

Bolívar es muy popular entre las damas, pero él sólo le hace sus fiestas a B. I. (La señorita Bernardina Ibáñez, esposa que fue más tarde del doctor Florentino González). Lo que he escrito ha sido todo como testigo ocular, y no refiero sino lo que ví.

Diario del General Joaquín París. — *Archivo Santander*. vol. II, pág. 259.

XIII.

Fin de la campaña - Ascensos.

BOLETIN DEL EJERCITO LIBERTADOR DE NUEVA GRANADA.

El Teniente Coronel Mujica con los cuerpos de *Guías* y *Dragones*, continuó la persecución del enemigo el 8 al amanecer: a las 11 siguió S. E. con el escuadrón del Llano-arriba, y se le reunió en Chocontá. El 9 marchó toda la infantería. El 10, al llegar S. E. al puente del Común, recibió avisos de la capital de que el Virrey, la Audiencia, con la *Guardia de honor* y el regimiento de *Cazadores de Aragón*, y todos los empleados civiles y militares la habían abandonado en la mañana del 9, dejándola en una espantosa anarquía. S. E. apresuró su marcha y entró el mismo día en la capital, entre las aclamaciones de un numeroso pueblo que no sabía cómo expresar su contento; un pueblo que después de tres años de la más cruel opresión, se vio libre casi de improviso y dudaba de su inmensa dicha. Las calles y las plazas se llenaron de gente: todos querían ver a S. E. el Presidente, para convencerse de la realidad.

El Virrey Sámano se ha dirigido a Honda y Calzada sigue por la parte del Sur; toda la caballería y los cuerpos de retaguardia lo persiguen por todas partes, y hay fundamento para esperar que nadie se escape.

El ejército libertador ha llegado al término que se propuso al emprender esta campaña. A los 75 días de marcha desde el pueblo de Mantecal, provincia de Barinas, entró S. E. en la capital del Nuevo-Reino, habiendo superado trabajos y dificultades mayores que las que se previeron al resolver esta grande operación, y habiendo destruído un ejército tres veces más fuerte que el que invadía.

La precipitación con que el Virrey y sus satélites huyeron al primer anuncio de la batalla de Boyacá, no le permitió salvar nada de los intereses públicos. En la Casa de Moneda hemos encontrado más de *medio millón de pesos en metálico;* y en todos los demás almacenes y depósitos cuanto puede necesitarse para armar y equipar completamente un numeroso ejército. Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de un modo infalible la de toda la América del Sur, y que el año 19 será el término de la guerra que con tanto horror de la humanidad nos hace la España desde el año de diez.

Cuartel General en Jefe en Santafé, a 11 de agosto de 1819. — 9°.

El General Jefe del Estado Mayor General, CARLOS SOUBLETTE.

Memorias de O'Leary cit. — pág. 431.

Señor General Jefe del Estado Mayor General del ejército de Oriente.

Continuó el ejército sus operaciones el 3 del corriente, y el 10 entró S. E. en esta capital. Los boletines 3, 4 y 5 presentarán a usted los detalles de movi-

mientos los más audaces y más gloriosos para las armas de la República, que al libertar la Nueva Granada parece que han fijado de un modo evidente la suerte de ambos Estados.

Nada sería más interesante para usted y para todo el ejército de Venezuela, que el ver circunstanciadamente todo lo ocurrido en esta campaña desde nuestra marcha del Mantecal, todas las dificultades que se han superado, todos los males que ha sufrido el ejército; pues parece que el país, el clima y todo se había concitado para destruirnos, sin que se presentasen las fuerzas enemigas; pero no siendo posible en este momento, al paso que es interesantísimo despachar la correspondencia, ofrezco a usted remitir el historial de todas las divisiones en la primera ocasión.

Anuncie usted en la orden general la gloria de nuestras armas, y con noticia del señor General en Jefe de ese ejército haga celebrar nuestros triunfos en todos los puntos que ocupe, y muy particularmente en el Cuartel General, en donde se harán todas las demostraciones que le dicte a usted su celo e interés por el brillo de nuestras armas.

Dios guarde a usted muchos años. Cuartel General en Jefe en Santafé, a 12 de Agosto de 1819. — 9°.

CARLOS SOUBLETTE.

Memorias de O'Leary cit. — pág. 432.

Al Exmo. señor Vicepresidente de la República.

Desde que concebí el proyecto de adelantar mis marchas a lo interior de este Reino, conocí que un temor alarmante debía poner en acción todos los recursos de los mandatarios españoles. En efecto, esta idea apoyada sobre la experiencia de mis observaciones, la confirmé más cuando por los estados que se le aprehendieron al Virrey don Juan Sámano, hallé que una fuerza superior, bien organizada y puesta en disciplina, era el muro en que se intentaba que viniese a estrellarse el valiente ejército libertador.

Yo calculaba, sin embargo, que la imagen de tantos males con que estos pueblos habían sido y aún eran afligidos, habría preparado el espíritu de ellos para abrazar con gusto a sus heróicos defensores. Y a la verdad, apenas dí mis primeros pasos de este lado de la cordillera que divide el Llano de los terrenos quebrados, limítrofes con la provincia de Casanare, cuando oí resonar delante de mí las bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad, como un remedio a las calamidades e infortunios que les habían llevado hasta el último grado de exasperación.

Un jefe experto al frente de un ejército de cuatro a cinco mil guerreros, es lo primero que se me presenta en el campo de batalla. El General don José María Barreiro, encargado de su dirección, apura sus esfuerzos, mueve todos los resortes del valor, y él me ha presentado acciones que faltaban a la República para el lleno de sus glorias.

La disciplina de sus tropas, su buena organización, las ventajosas posiciones que ocupaba y la multitud de recursos que oportunamente se habían proporcionado, me hizo creer que esta empresa sólo era propia de la intrepidez y denuedo de las armas de la República.

La jornada de Boyacá, la más completa victoria que acabo de obtener, ha decidido la suerte de estos habitantes; y después de haber destruído hasta en sus elementos el ejército del Rey, he volado a esta capital por entre las multitudes de hombres que a porfía nos prodigaban las expresiones de la más tierna gratitud; y que precipitándose entre las partidas dispersas de los enemigos, no hacían caso de su propia indefensión por cooperar activamente a su absoluto exterminio, tomando las armas y haciendo un gran número de prisioneros. Los pormenores de este triunfo los hallará V. E. consignados en los impresos que remito adjuntos.

No poco se ha conmovido mi sensibilidad al llegar a esta capital de la Nueva Granada, en donde todavía se ven marcadas la depredación y la crueldad de los prosélitos de la Península.

El Virrey Sámano, unido a todos los empleados, a la mayor parte de los españoles y al resto de las fuerzas que le quedaron, salió precipitadamente fugitivo a la primera noticia que tuvo de la última victoria, y antes de mi llegada a esta capital hice marchar algunas divisiones hacia el sur y occidente de ella, que es la ruta que han tomado, con la fundada esperanza de aprehenderlos a ellos y a una numerosa emigración.

A pesar de la devastación general que ha sufrido este Reino, la República puede contar con *un millón de pesos en metálico*, fuera de la cuantiosa suma que producirán las *propiedades de los opresores y malcontentos fugitivos*.

Yo trabajo con actividad en el arreglo de su economía interior, y las bellas disposiciones de estos pueblos, en donde apenas se cuenta un enemigo, me hacen presentir que el poder de los tiranos quedará confundido en la nada.

Reciba V. E. y toda la República mis tiernas felicitaciones y los sinceros votos del ilustre pueblo granadino, que sólo aspira a una felicidad común; dignándose igualmente presentar los triunfos de las armas de mi mando al Supremo Congreso, como un tributo de mi deber.

Dios guarde a V. E. muchos años. BOLIVAR.

Memorias cit. — pág. 433.

NOMINA DE LAS PROMOCIONES EN EL EJERCITO LIBERTADOR DE NUEVA GRANADA.

En 21 de agosto de 1819 a Generales de División: los Generales de Brigada José Antonio Anzoátegui y Francisco de Paula Santander.

En 22 de agosto, a Tenientes Coroneles efectivos: el Teniente Coronel graduado Arthur Sandes; el Sargento Mayor J. Mackintosh; el Sargento Mayor Ramón N. Guerra; el Capitán Julián Mellao. — A Sargentos Mayores: los Capitanes J. Johnson y Manuel Dabousa. — Al grado de Tenientes Coroneles: el Capitán D. Ibarra; el Capitán Vicente Andarra; el Capitán José Begal; el Capitán Fernando Vargas. — A Capitanes: el graduado León Galindo; el graduado Pedro José Galindo; el Teniente Lorenzo Báez; el Teniente Calixto Rey; el Teniente Custodio Gutiérrez. — A Tenientes: el Subteniente Francisco Perdomo; el Subteniente Pantaleón Ascanio. — A Subtenientes: el Sargento 1º Ignacio Rodríguez; el Sargento 1º Juan Hernández.

En 24 de agosto, a Capitán: el Teniente Ramón Herrera. — Al grado de Capitán: al Teniente Francisco Mosquera. — A Teniente: el Subteniente Simón Ospino; el Subteniente José María Vargas.

En 27 de agosto, al grado de Teniente Coronel, el Capitán Mayor Manuel Obregón.

En 28 de agosto, a Sargento Mayor: el Capitán Ignacio Pulido. — A Subteniente: el voluntario Salvador Rodríguez.

Blanco doc. vol. VII, pág. 22.

XIV.

Funerales.

El lunes 24 de agosto, se han celebrado en la iglesia de San Carlos solemnes exequias por los ciudadanos ilustres que han sido víctimas de la ferocidad española, y por los guerreros del ejército libertador que han muerto en esta gloriosa campaña, combatiendo heróicamente por la libertad de su patria. S. E. el Presidente del Estado asistió a esta solemne función con el Gobernador comandante general de la provincia, el Gobernador político, Tribunal de Justicia, empleados de hacienda, Ayuntamiento y oficialidad. El concurso fue tan grande, que a pesar de la capacidad de la iglesia no cabía el pueblo. La tumba, el enlutado, la música, todo inspiraba el más vivo sentimiento por la pérdida de unos hombres de los cuales unos habían perecido por libertar a sus semejantes, y otros por haber trabajado en hacer a su patria sabia y virtuosa. El señor Provisor gobernador del Arzobispado, Dr. Francisco Javier Guerra y Mier, ofreció el sacrificio, y el R. P. Fr. Luis Fajardo pronunció la oración fúnebre: tributó a las

cenizas de los militares ilustres los elogios debidos a sus virtudes, haciendo sobre ellas reflexiones cristianas y sublimes, como oportunas para enjugar las lágrimas de la patria e inflamar los pechos de los defensores de sus derechos. Una pintura muy ligera, pero muy tierna de cuanto *Morillo y sus satélites* habian ejecutado en este país, y principalmente en esta ciudad con toda clase de personas, puso de manifiesto que a la cuchilla española no se habían sustraído ni las luces, ni el talento, ni la decrepitud, ni la santidad del estado, ni el sexo débil y hermoso.

La tumba estaba adornada de trofeos militares y de poesías análogas al asunto. Los retratos de los *Torres, Gutiérrez, Barayas, Villavicencios*... y de mil más que estaban colocados en ella, estaban enseñando a los que aún viven, que sólo la muerte, y una muerte ignominiosa, se puede esperar de mano de los españoles. Artículo de la *Gaceta de Santa Fe,* 1819. — Blanco, doc. cit., vol. VII — pág. 24.

XV.

Los honores del triunfo.

Llegó el día del triunfo (18 de Septiembre). S. E. con sus oficiales y ejército se trasladaron desde las dos de la tarde a la entrada de la ciudad en la plazuela de San Diego. Allí se le había preparado una casa adornada con gusto y decencia, donde debía aguardar. El señor Gobernador político, Echeverría, que presidía a esta función a nombre de la ciudad y su provincia, se reunió en la plaza mayor a las tres de la tarde, con los individuos de todos los Tribunales seculares y empleados, y los particulares que concurrieron en gran número. Todos venían vestidos de gala, y montados sobre soberbios caballos adornados de ricos y preciosos jaeces. Inmediatamente siguieron en buen orden hacia San Diego. Allí ya estaban formadas en dos alas todas las tropas compuestas del batallón de Granaderos de la Guardia de Honor del Excmo. señor Presidente, del de Rifles y del de la Legión Británica. Habiéndose hecho alto, el señor Gobernador político, acompañado del Presidente de la alta Corte de Justicia, se adelantó hacia donde estaba S. E., y echando pie a tierra le invitó a que marchase. En efecto, el General BOLIVAR montó inmediatamente a caballo y comenzó el paseo triunfal de la manera siguiente:

Cuatro clarines rompían la marcha, anunciándola con sus toques. Seguían ocho batidores despejando el tránsito, luego los porteros del Muy Ilustre Ayuntamiento de la capital y de la Alta Corte de Justicia; los particulares y personas notables venían después en mucho número, y todo el acompañamiento formaba dos alas por el centro de las calles. Veíase a la izquierda, el señor Procurador del mismo Cabildo, los señores Regidores y Alcaldes Ordinarios; y a la derecha, los señores Ministros del Tesoro público, los empleados en la Casa de Moneda, los individuos del Tribunal de Secuestros y del Tribunal de Cuentas, con los señores Superintendentes de la misma Casa de Moneda y Director General de las Rentas; luego los señores Fiscales y Ministros de la Alta Corte de Justicia, y el señor Gobernador político; todos según el orden en que van expresados.

Después de este brillante cortejo se descubría al Excmo. señor Presidente, SIMON BOLIVAR, en medio de los dos señores Generales de División, JOSE ANZOATEGUI Y FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, rodeados de los Secretarios del Estado Mayor General y de sus Edecanes. Cerraban la marcha los cuerpos militares que iban reuniéndose y formándose en columnas, conforme se adelantaba el acompañamiento. La marcha era lenta y majestuosa; un golpe armonioso de música guerrera llevaba a los corazones la admiración, el respeto y un entusiasmo inexplicable.

Las calles de todo el paseo estaban aseadas, blanqueadas y pintadas de antemano con simetría y belleza. El precioso damasco en sus diversos colores adornaba las puertas, ventanas y balcones de los edificios que estaban colmados, así como las calles, de un pueblo inmenso. Siete arcos triunfales de bastante elevación y adornados con una magnífica sencillez, estaban erigidos a proporcionadas distancias en el espacio que debía recorrerse. Unos estaban vestidos de

color encarnado, otros del amarillo, del azul, del blanco, y otros eran tricolores. Tenían tres puertas; por la más grande y elevada que quedaba en el centro, entraba únicamente el General triunfante, y por las otras dos pasaban todos los demás.

Desde que el triunfador comenzó a entrar en la ciudad, no cesó un instante la inmensa multitud espectadora de repetir mil y mil vivas gloriosos: *¡Viva el grande* BOLIVAR*! ¡viva el héroe a quien debemos nuestra felicidad! ¡viva el inmortal ejército de nuestros libertadores!* eran las expresiones que por todas partes resonaban. Una lluvia incesante de flores caía sobre las cabezas del General en jefe y de sus ilustres compañeros de armas. Ellas eran arrojadas desde las ventanas y balcones, por las manos de las damas; al mismo tiempo un vivísimo repique de campanas en todos los templos, aumentaba el gozo y el aplauso universal. Se veía con admiración y agrado que todo el mundo buscaba con los ojos al héroe, y que a muchos de los expectadores, reconociéndole, se les escapaban lágrimas, efectos del reconocimiento y excesivo placer que les causaba su vista. De esta suerte fue recorrido el espacio del paseo, desde San Diego hasta el Convento de San Agustín, y desde éste por la calle del Monasterio de Santa Clara hasta la plaza mayor.

Concluído el paseo, todos los concurrentes, sin perder su lugar, echaron pie a tierra, y siguieron llevando al triunfador al templo principal. Era aquí que le esperaban y que salieron a recibirlo el Prelado eclesiástico y su Cabildo, con el clero, los Rectores de la Universidad y de los dos colegios, los Prelados de las cinco Ordenes de religiosos de la ciudad y los Síndicos de los Monasterios de religiosas. El General y todos los asistentes se prosternaron a tributar sinceras adoraciones a la Divinidad tutelar del universo. Se oyeron un solemne *Te Deum* y otras preces en acción de gracias. El héroe daba como siempre un hermoso ejemplo de sus cristianas virtudes, con su recogimiento y profunda veneración de que se le veía revestido en este acto sagrado; al mismo tiempo, un canto grave y lleno de majestad, la multitud de personas venerables que cubrían aquel vasto pavimento y la religiosa atención que se observaba en sus semblantes, inspiraban cierto respeto irresistible en esta función augusta.

Apenas terminada, fue conducido otra vez el General a la plaza mayor. Veíase en el fondo de ésta una especie de grande anfiteatro, aunque de figura sexágona. Su pavimento alfombrado, se elevaba cuatro pies sobre la tierra. Seis estatuas colocadas sobre otros tantos pedestales, se elevaban en cada uno de los ángulos que terminaban la superficie; eran de estatura regular y representaban con ingenio y propiedad, tanto por sus vestidos, como por su actitud e insignias, las principales y eminentes virtudes del héroe a quien eran consagrados estos homenajes: el valor, la piedad, la constancia, la libertad, etc., eran allí fácilmente reconocidas.

Subíase por cinco gradas. A su cabeza estaba elevado una especie de dosel magnífico y gracioso, debajo del cual debía tomar asiento el héroe, y a sus lados los dos señores Generales de División. Habíase también preparado un gran número de decentes sofás de damasco, que colocados por un vasto espacio, formaban un círculo que iba a terminar en las gradas. El estaba ocupado por todas las damas convidadas a esta función, y que concurrieron vestidas con la gracia y primores de su sexo. Se notaban allí con placer las madres, las viudas, las hermanas y las huérfanas de los que habían sido sacrificados a la bárbara ferocidad del español en los patíbulos, o en los campos de batalla. No faltaba quienes tuviesen la inexplicable dulzura de contar entre los héroes a quienes se tributaban tan tiernos homenajes, a sus hermanos, a sus maridos, o a sus hijos; y se puede decir que esta función era más bien la festividad de los corazones, el triunfo de la sensibilidad.

Habiendo ocupado sus sillas los tres señores Generales, se oyó un golpe de música muy agradable, y voces dulces y flexibles cantaron una oda en honor del héroe BOLIVAR, y análoga al acto que iba a sucederse. Veinte señoritas, todas en lo más florido de su primavera, bellas como la rosa que acaba de abrirse, y sacadas de entre las familias más beneméritas, estaban ya sobre el anfi-

teatro, vestidas de género de una blancura exquisita y adornadas con toda la sencillez y elegancia de las gracias. La ciudad había sabiamente resuelto que la corona cívica y las cruces fuesen ofrecidas por medio de ellas. Homenajes nacidos del amor y del reconocimiento más vivos, que no podían ser ofrecidos por manos más dignas que las de estas tempranas hermosuras, sobre cuyas frentes se veía reinar el pudor, la inocencia y la virtud. Ellas llevaban en un rico cestillo de plata bellamente adornado de flores, y que pendía de cintas verdes, amarillas y encarnadas, la corona de laurel y las cruces consagradas a los señores Generales.

Para ofrecerlas, habiéndose suspendido por algunos instantes el canto, la señorita Dolores Vargas, que precedía a las otras, dirigiéndose al héroe, dijo:

Ilustre General:

"Este pueblo reconocido ignora hoy el lenguaje de su reconocimiento. Vuestros servicios son ilimitados. Hemos salido de repente de los horrores de la más ignominiosa esclavitud, para ver el día de nuestra felicidad y nuestra gloria. Desaparecieron las proscripciones, los patíbulos y todo ese horrendo conjunto de males con que a cada instante nos atormentaba el feroz español. Ya no veremos arrancar de entre nuestros brazos a nuestros padres y a nuestros hermanos; ya no oiremos el ignominioso ruido de sus cadenas, ni les veremos caminar para el cadalso. ¡Y todo a vos lo debemos, o grande General! Ese brazo heroico, ese valor y constancia sin ejemplo, son los autores de nuestra felicidad. Nada tiene este pueblo con que premiar dignamente tan insignes beneficios, y los debidos a toda vuestra oficialidad y ejército: cualquier homenaje es inferior a tánto mérito. Pero generoso y magnánimo como sois, aceptaréis gustoso este pequeño tributo. Nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y todos los dichosos habitantes de esta ciudad y provincia, nos mandan a ofrecéroslo. El contento no cabe en nuestros corazones, viéndonos encargadas de tan halagüeña comisión. Si esta corona de laurel con que vamos a ornar vuestras sienes, este escudo que será siempre una insignia del valor que le supo granejar, la columna que erigida en una entrada pública, debe llevar a la última posteridad la tierna memoria de vuestros hechos inmortales, y en fin, el cuadro en que se represente nuestra querida Libertad sostenida por vuestro invicto esfuerzo, serán al menos un monumento eterno de vuestra gloria y de nuestra gratitud. Recibe, pues, esta limitada demostración que por medio de nosotras os tributa un pueblo entregado al más vivo transporte".

Inmediatamente tomó la corona de laurel y la puso sobre la cabeza del triunfador; al mismo tiempo una de las que las seguían tomó la cruz y se la brindó prendiéndola al pecho; mientras tanto otras dos hacían lo mismo con las destinadas a los dos señores Generales Anzoátegui y Santander: y el canto, la música, el general regocijo y aplauso enagenaban todos los corazones y ofrecían un espectáculo el más grandioso.

El héroe no pudo resistirse al poderoso impulso que hizo sobre su exquisita sensibilidad. Tomó la voz: el mismo entusiasmo se la hacía tan penetrante que se le oía desde todos los ángulos de la plaza. Sería imposible repetir esas expresiones vehementes y llenas de fuego con que arengó al pueblo. No es fácil imitar esa energía y elocuencia que le son tan familiares. Colmó al pueblo de elogios; le manifestó cuán digno era de ser libre; protestó que no era a su valor ni a sus esfuerzos, sino a los de los Generales que tenía a su lado, a sus compañeros de armas, a su ejército, que se debían las inmortales acciones que en él se alaban; y después de haber expresado cuán gratos le eran los honores que le tributaban, cómo vivirían eternamente en su pecho y cómo procuraría merecerlos con su perpetua consagración a la defensa del país y exterminio de la tiranía, se quitó la corona y la puso alternativamente sobre las cabezas de los dos señores Generales Anzoátegui y Santander, diciendo que ellos eran los que las tenían merecidas. Estos sublimes e inimitables rasgos de moderación, acabaron de exaltar los ánimos de todos los concurrentes; no era posible reprimir las

lágrimas ¡lágrimas dulces vertidas por la causa más interesante y más dichosa que nunca vio pueblo alguno! El mismo héroe no pudo retenerlas; mil veces se vieron sus ojos y su semblante humedecidos.

Luego que las corporaciones y estamentos de la capital hubieron concluído estos cumplimientos, pasó S. E. con toda su comitiva a la casa en donde estaba preparada otra clase de obsequios. Entróse a un gran salón bien iluminado, donde estaba dispuesto un refresco exquisito, abundante y magnífico. Aguas refrescantes de diversos gustos, dulces los más gratos y delicados, trabajados en mil formas y figuras particulares, pastas agradables, vinos deliciosos fueron servidos a las damas y demás asistentes con finura y decencia. Durante el refresco volvió a oirse un concierto arrebatador de música y cantos nuevos en alabanza de los héroes que triunfaron en Boyacá. La satisfacción, la mutua confianza, una alegría general se veían brillar en los semblantes.

Trasladáronse después los asistentes a la sala destinada para el baile. Ella tenía una extensión proporcionada al extraordinario concurso aquella noche. Estaba adornada con esplendor y profusión. Su pintura imitaba al natural un hermoso jardín. Espejos, arañas del más exquisito cristal, preciosas láminas de los más ingeniosos dibujos y grabados, una iluminación simétrica y abundantísima hermoseaban este lugar y llevaban a los corazones el enajenamiento de la más pura alegría. A la testera de la sala se elevaba un majestuoso dosel. Dos genios hechos con el último primor y propiedad, y colocados a derecha e izquierda, levantaban con una mano un cortinaje tricolor de rico damasco, y con otra sostenían las armas de las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada. Debajo se descubrían tres suntuosas sillas, donde tomaron asiento los señores Generales. La floreciente y vivaz juventud de ambos sexos se veía aquí reunida, y el corazón y la fantasía experimentaban a cada paso las más agradables sorpresas. El vals, la contradanza, los minuets, todos los bailes acostumbrados se ejecutaron con primor y gallardía. Dos diversos conciertos sostenían sin interrupción una música alegre, variada y deliciosa. En el intermedio de esta función fue servido un magnífico ambigú; y de esta suerte concluyeron el día y la noche más solemnes y más festivos que nunca había visto esta capital.

La mañana del día siguiente fue consagrada a tributar nuevas gracias al Dios omnipotente, autor de las victorias y de la libertad. S. E. y toda su lucida oficialidad, los Tribunales, corporaciones y un gran número de particulares de ambos sexos concurrieron a este religioso acto. Un orador elocuente y bien conocido en la Nueva Granada por sus austeras y sublimes virtudes, el venerable ministro del santuario en quien este país ve hoy reproducidos los Ignacios de Loyola y los Crisóstomos, el doctor, ciudadano Francisco Margallo, pronunció un discurso expresivo y enérgico, lleno de esas sublimes imágenes, de esas alusiones a la *Historia sagrada* que le son tan familiares, en que persuadió que todos los gobiernos eran una obra del muy Alto; que El nos prescribía su obediencia, y que estos serían eternos mientras fuesen celosos protectores de la santa religión. Nos exhortó a obedecer al presente, como legítimamente establecido, e hizo al cielo profundos votos por su felicidad y permanencia. (Publicación de la *Gaceta de Bogotá*, del 17 de octubre de 1819, y del *Correo del Orinoco*, N° 49 - Blanco, doc. cit., vol. VII - pág. 101).

Memorias cit. pág 428.

Al Excmo. señor Vicepresidente de las provincias libres de la Nueva Granada.

En seis jornadas me he puesto de Santafé aquí; he tenido que detenerme más de lo que pensaba en algunos lugares para satisfacer los vehementes deseos de los pueblos. Puedo decir que desde mi salida de ésa he venido en triunfo hasta aquí. No hay testimonio de gratitud, de amor y de confianza, que no me hayan prodigado estos pueblos con las expresiones más cordiales y sinceras del regocijo. En todo el camino, grupos de gentes entusiasmadas me han obstruído el paso, y las madres, con la ofrenda que han hecho de sus hijos a la patria, han consagrado otras tan naturales, tan sencillas, que las he apreciado más que

los obsequios de mayor valor. Los arcos triunfales, las flores, las aclamaciones, los himnos, las coronas ofrendadas y puestas sobre mi cabeza por las manos de jóvenes bellas, los festines y mil demostraciones de contento, son el menor de los presentes que he recibido; el mayor y el más grato a mi corazón, las lágrimas mezcladas con los transportes de alegría con que he sido bañado; y los abrazos con que me he visto expuesto a ser sofocado por la multitud.

Tunja, esta ciudad es heroica; en ella la reacción del espíritu ha sido proporcionada a la opresión terrible de tres años. El clero secular y regular, los monasterios de religiosas, los funcionarios, los viejos, los niños, los pobres, las mujeres, hasta los moribundos se han acercado a mí, enajenados, y me han abierto su corazón. Yo no he hallado en todo esto el lenguaje de la lisonja, sino la expresión del candor y del sentimiento de los bienes que trae consigo la libertad. En este pueblo entusiasta de sus derechos, sin afectación, he visto el foco del patriotismo y creo que será el taller de la libertad de estas provincias.

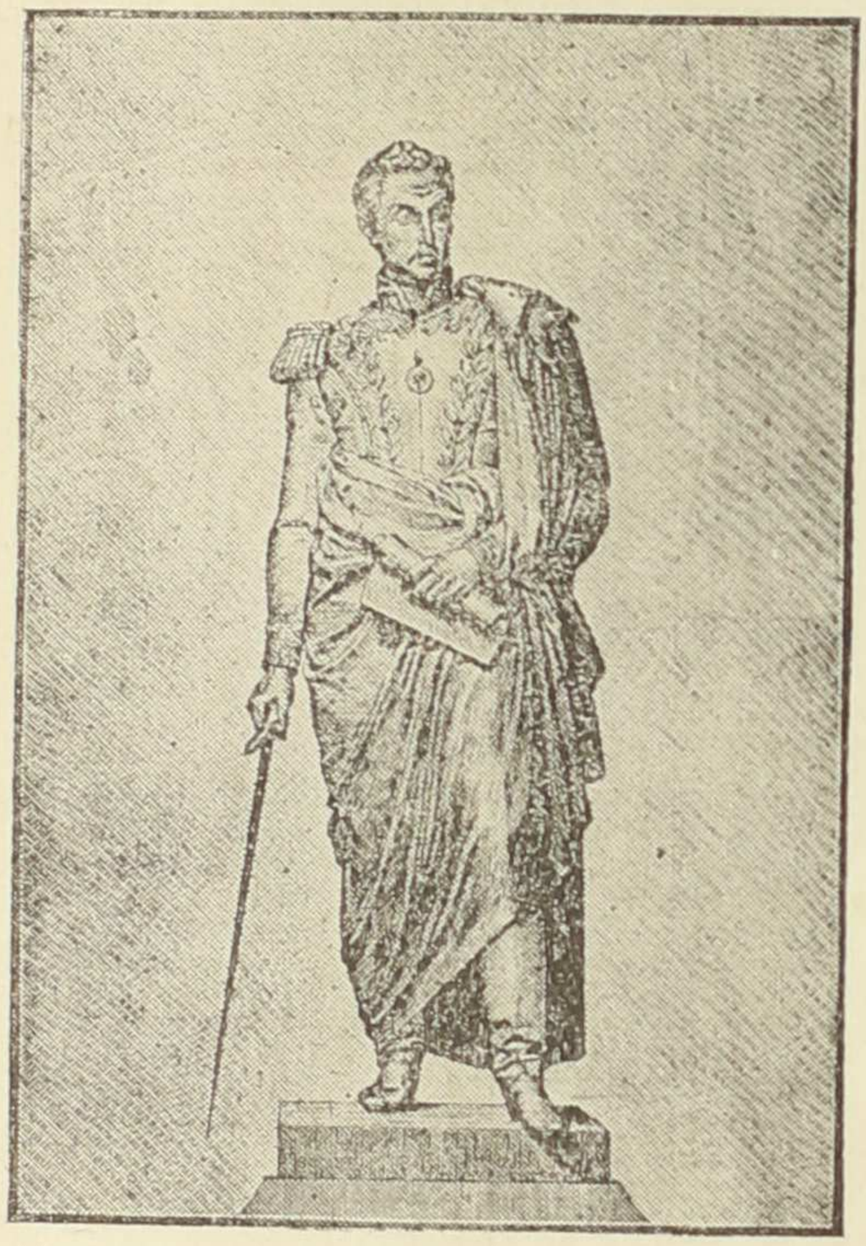
El señor Gobernador militar de Tunja se hace cada vez más digno de mi aprecio y de mi confianza, y los pueblos a quienes manda pueden descansar seguros sobre sus virtudes.

Mañana sigo por Vélez al Socorro. Deseo el contento y tranquilidad de esos pueblos, la salud y satisfacción de V. E.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Cuartel General de Puente Nacional, a 26 de septiembre de 1819. — 9°.

BOLIVAR.

Memorias de O'Leary cit. pág. 412.



ESTATUA DE BOLIVAR

en la plaza principal, del mismo nombre,
en Bogotá.

OBRAS DE HISTORIA DE HENAO Y ARRUBLA

Ha salido ya la *segunda* edición, en un solo volumen, de la **HISTORIA DE COLOMBIA** para la **enseñanza secundaria,** premiada con Medalla de oro y Diploma de primera clase en el concurso abierto para el *Centenario de la Independencia Nacional;* adoptada como texto por el Gobierno de Colombia y por los colegios no oficiales.

La obra, *notablemente adicionada y corregida,* consta de 546 páginas; está bellamente editada en papel satinado, ilustrada con numerosos fotograbados y varias láminas, y en pasta de tela. Comprende: *El Descubrimiento — Orígenes americanos — La Conquista — El Régimen Colonial — La Independencia — La República* hasta hoy.

Se vende al precio de $ 4,00 oro el ejemplar, fuera de porte.

Diríjanse los pedidos a la *Librería Colombiana* de los señores **Camacho Roldán & Tamayo - Bogotá.**

La *sexta* edición del **Compendio de la Historia de Colombia** para la enseñanza primaria, que mereció el mismo premio y la adopción oficial, adicionada, corregida y adornada con numerosos fotograbados, se vende a 50 centavos oro el ejemplar, fuera de porte, en la misma Librería. En ventas por mayor se hacen considerables rebajas.